

Psicoanalizar

LUIS CHIOZZA

Psicoanalizar

Arte y teoría



libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio

Psicoanalizar: arte y teoría / Luis Antonio Chiozza.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2023.

160 p.; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-903-9

1. Psicoanálisis. 2. Teorías Psicoanalíticas. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

Imagen de portada: Juan Chiozza Parodi

© 2023. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-903-9

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Para mi querido hijo Gustavo,
dueño de un pensamiento valioso y fructífero.
Nadie me ha conducido como él,
con tanta frecuencia,
a revisar y reconsiderar lo que pienso.

ACERCA DE LA TAPA

Goethe sostuvo que poetas como él había muchos, pero también que, si por algo iba a ser recordado, sería por su teoría acerca de los colores. La concibió en la misma época en que Newton, un genio de prestigio indiscutido por su pensamiento gigantesco, sostenía su tesis de que la luz blanca se descomponía en el espectro conocido, dentro del cual distinguía tres colores primarios, rojo, amarillo y azul, y otros tantos secundarios, verde, violeta y anaranjado, mientras que el púrpura era la mezcla de los dos extremos del espectro. Goethe, en cambio, mantuvo su idea de que existían dos colores primarios, representantes ancestrales de la noche y el día, la oscuridad y la luz y, también, el crepúsculo y la aurora.

Las dos “marinas” que ilustran la tapa que compuso mi hija Silvana reproducen dos cuadros de mi padre, que representan una misma escena en dos horas distintas del día. En cuanto al fondo de color petróleo, constituye una fuerte alegoría. Como producto persistente de la descomposición de organismos antiguos, se presta para figurar lo que Freud

llamaba *las innumerables y antiguas formas del yo que residen en el ello*, pero también la bilis estancada que dio su nombre de “bilis negra”, de *melanoscolia*, a la melancolía. Las burbujas amarillas, en cambio, no sólo representan la bilis saludable, sino también la emergencia de lo inconsciente en la “luz” de la consciencia, tanto el que fue reprimido como el que nunca fue consciente y forma parte de “la roca dura” que guarda lo fósil.

ÍNDICE

Prólogo y epílogo.....	15
PRIMERA PARTE. LA HIPÓTESIS PROMETEO	21
1. Psicoanálisis de los trastornos hepáticos... 23	
Fantasías inconscientes específicas	23
Acerca de causas y significados	25
El órgano hígado y el drama hepático	26
Una primacía hepática intrauterina	28
Una central digestiva endodérmica	29
La materialización de las formas	30
La ictericia neonatal.....	32
La unión entre idea y materia.....	33
El trauma hepático.....	35
El asco, un afecto primordial.....	36
La doble polaridad de lo sagrado	37
Fantasías hepatobiliares	38
Desde la envidia hacia la melancolía	40
2. El psicoanálisis es psicosomatología.....	43
Lo que la palabra psicoanálisis designa.....	43
Los dos principios fundamentales.....	48
Acerca de la psicosomatología	51
Tres maneras de la vida.....	54
Acerca de la consciencia	55

Auditivo y visual	58
Más allá	60
Reprimir no es inhibir.....	61
SEGUNDA PARTE. LA HIPÓTESIS COLMENA	65
3. Sólo se puede ser siendo con otros.....	67
¿Quién es el propietario?	67
Justificación de la hipótesis.....	70
Una sabiduría incomprensible	72
¿A qué llamamos complejo?.....	74
¿Por qué las dificultades arrecian?	75
La relatividad del yo.....	76
¿Relativo o ilusorio?	77
4. Utopías y distopías en la red.....	81
El descubrimiento de un mundo	81
Propiedades emergentes de las redes	83
Una tela sin araña	86
El dilema de las redes sociales.....	89
Los ignorados e incontrolables perjuicios....	90
¿Por culpa de quién?.....	93
El planeta prohibido	95
Del paraíso al infierno	97
El encuentro con la bestia	99
La peste de Tebas	102
La encrucijada de los caminos de Tebas .	107
La prohibición del incesto.....	109
Los cuatro gigantes del alma.....	112

Lo que el anhelo de prioridad esconde...	114
Deus ex machina.....	116
TERCERA PARTE. LA HIPÓTESIS HOLOGRÁFICA ..	125
5. Hacer consciente algo inconsciente.	127
Los orígenes.....	127
La asociación libre y la transferencia.....	128
El epílogo del historial de Dora	130
La contratransferencia.....	131
La interpretación indirecta	132
Un episodio en la relación entre Dora y Freud	133
Cuatro lenguajes	139
El lenguaje de la interpretación	141
6. Una vez obtenido el significado...	
las palabras “sobran”	143
Acerca del aquí y ahora	143
La interpretación inclusiva	145
La ubicuidad del presente atemporal	146
El uso de la oportunidad	147
La verdad sobre Sancho Panza	148
La vocación psicoanalítica	149
Cuando las palabras “sobran”	151
La hipótesis holográfica.....	152
Bibliografía.....	155

PRÓLOGO Y EPÍLOGO

Acorde con la idea de que el origen está vivo en el presente, y el presente, otorgando un sentido al origen, es su único intérprete posible, este prefacio, escrito cuando el libro ya se ha terminado, contiene la historia de este libro, pero también el propósito al que se dirige. Es pues, al mismo tiempo, prólogo y epílogo. No es fácil, sin embargo, saber cuál es uno y cuál es otro.

En parte, usando como pre-texto el historial de Dora, introduce “casi vivencialmente” dos ideas medulares: el proceso terciario y el presente atemporal.

Aunque parezca extraño, las páginas que tienes en tus manos, escritas en íntimo diálogo con mis colegas dotados con experiencias ricas, conforman, también, un libro para principiantes, porque escribo convencido de que la mente progresa y para nada sirve recorrer caminos perimidos. Leyendo *Juvenilia*, de Miguel Cané, nos enteramos de que el teorema de Pitágoras se enseñaba, en aquella época, a los alumnos del quinto año del colegio secundario; yo lo aprendí en el primer año, pero hoy se enseña (lamentablemente no en la Argentina) en la escuela primaria.

En la inauguración y en el cierre del ciclo lectivo del año pasado, “presenté” “Bases para una teoría coherente”. Allí procuraba exponer lo que me parecía medular dentro del psicoanálisis y, al mismo tiempo, reconocer que otras teorías eran respetables y que, entre el cúmulo de concordancias y discrepancias, era posible colaborar, es decir, trabajar juntos, cuando se compartía un suficiente núcleo teórico.

Convencido de que las distintas “etapas” del arte y la técnica de psicoanalizar, que en distintas épocas hemos recorrido, constituyen experiencias que nos han enriquecido y que continúan vivas, configurando un caudal apreciable, escribí *Jalones en la evolución de la técnica psicoanalítica*, motivado por la idea de que, desde esa riqueza, surgen, en cada colega y frente a los avatares de cada tratamiento, recursos valiosos que ayudan a “mantener el rumbo” cuando la tormenta arrecia.

El próximo paso fue cobrar consciencia de que *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, *La peste en la colmena* y *Hacia una teoría del arte psicoanalítico* contenían hipótesis que conducían a las correspondientes tesis, y que esas tesis se habían mostrado valiosas en la experiencia acumulada por numerosos colegas (en tratamientos psicoanalíticos, en ejercicios teórico clínicos, en estudios patobiográficos y

en nuevas investigaciones) en sesenta años. Desde esa nueva consciencia, escribimos *Tres hipótesis fundamentales* y, desde allí, un compendio, *Psicoanalizar, arte y teoría*, que originó este libro.

Usemos ahora el pre-texto del historial de Dora.

Cuando recordamos el historial de Dora, revivimos la experiencia constituida por ese tipo particular de comprensión, tanto de una persona como de la historia de un suceso humano, que el conocimiento psicoanalítico nos brinda acerca de las intimidades de una vida. Nos encontramos, entonces, como si estuviéramos frente a un complicado tapiz cuyo dibujo, más amplio que lo que abarca la mirada y ajeno al tiempo, no tiene principio ni fin en algún punto de una línea, si no fuera porque nuestra atención se empeña en empezar por algún lado y en recorrer ciertos detalles.

De este modo, cuando guiados por algún género de interés “repasamos” el historial de Dora, tanto sea en la dirección que llevaba Freud como en alguna otra cualquiera, y seguimos, como se sigue con el lápiz el hilo de un dibujo, algún encadenamiento conceptual, sentimos que en cada entrecruzamiento de caminos “decidimos” un trayecto lineal que corta otros, abandonándolos en un “por ahora” que deshace la imagen del conjunto.

Esto ocurre cuando, desorientados ante la complejidad de la experiencia, no sabiendo a qué atenernos de inmediato, recurrimos a la actividad del pensamiento reflexivo, y nuestro proceso secundario recorre una tras otra las huellas de anteriores facilitaciones, comparando, es decir, contrastando de a pares, estas huellas mediante la memoria.

Afortunadamente, nuestra capacidad de conocer no depende sólo del proceso secundario. Mientras nuestro intelecto ejercita esta labor sometida a las leyes temporales cuyo paradigma encontramos en el discurso verbal sucesivo, nuestro proceso primario “juega” con otro tipo de facilitaciones que no son binarias ni lógicas. Son facilitaciones que pueden ejemplificarse con la contemplación simultánea de un espacio visual complejo. Nuestro proceso primario “salta”, entonces, sin cuidarse de las leyes que constituyen el juicio, de una línea a la otra y en varios puntos a la vez, en un modo aparentemente caprichoso que es *travieso*, o lateral, con respecto al camino del concepto.

Ni uno ni otro proceso, por sí solos, pueden constituir el intelecto. Metáfora, símbolo, pensamiento creativo nacen en la amalgama indisoluble de uno y otro. Amalgama misteriosa que también constituye la fuente del lenguaje y el escenario del teatro y del juego o la atmósfera transferencial de la

sesión psicoanalítica como campo de ilusión. Ese acto de consciencia tan particular, que llamamos interpretación psicoanalítica, se ejerce precisamente cuando, mediante la atención flotante, huyendo de la dirección habitual que el juicio nos propone, recorremos la senda caprichosa de la ocurrencia absurda, para volver enriquecidos con un sentido nuevo y diferente que adquiere la estructura del pensamiento racional.

¿Qué tipo de proceso, si es que la idea de proceso se le aplica, constituye este articulado ignoto entre proceso primario y secundario que se parece al que existe entre importancia y diferencia? ¿Cuál es la arquitectura que organiza su trama? Sólo a modo de comparación se justifica que enfrentemos con el nombre de “proceso terciario” esta idea cuya consciencia nueva constituye una transformación en el “aparato para pensar” del hombre.

Sin embargo, aquello que llamamos proceso secundario, y que ya no puede ser identificado con la culminación del pensamiento ni con la única manera de la facultad de conocer, no pierde por eso su valor. Los procesos de pensamiento lógico que recorren las huellas dejan facilitaciones como influencias perdurables. Nuestra mente funciona, entonces, como el lápiz que, al seguir el laberinto de una línea, imprime con su trazo una modificación

en el dibujo, reforzando una parte de la trama y destacando una figura sobre un fondo.

Nos propusimos recorrer un trayecto conceptual que atraviesa el núcleo de convergencia constituido por la neuralgia facial de Dora. Teniendo en cuenta ese propósito, hemos comparado la imagen que Freud transmite sobre Dora con la trama de un laberíntico y polifacético tapiz. No sólo porque en ese trayecto lineal abandonamos muchos hilos y cortaremos muchos círculos en algún punto arbitrario, sino también porque deseamos subrayar que no vale la pena acercarse a ese hipotético tapiz para seguir el hilo de un concepto si omitimos alejarnos nuevamente hacia algún punto desde donde la contemplación del aspecto descubierto y “remarcado”, al fundirse otra vez con la complejidad del conjunto, hace efectiva nuestra adquisición con un panorama atemporal diferente.

PRIMERA PARTE

La hipótesis Prometeo

PSICOANÁLISIS DE LOS TRASTORNOS HEPÁTICOS

“Y fui el primero en distinguir,
entre los sueños, los que han de
convertirse en realidad”.

ESQUILO, *Prometeo*.

Fantasías inconscientes específicas

El pensamiento o la emoción consciente son sólo una mínima parte de lo psíquico, que anima a todos los seres vivos como una totalidad que ya está contenida en los genes y que incluye lo inconsciente.

Cuando separamos arbitrariamente un trozo de esta totalidad psíquica, solemos hablar de fantasías, sin que esta denominación adquiera un significado opuesto al de la palabra “realidad”.

Desde allí, decimos que todo proceso corporal es una fantasía cuya mayor parte es inconsciente. Lo psíquico tiene, pues, como fantasía inconsciente,

una relación con el estómago, el hígado o cualquier otra parte del cuerpo, tan directa como aquella que posee con el hipotálamo o el nervio vago. Además (tal como ha señalado Weizsaecker), la dificultad para concebir las relaciones entre fantasías y neuronas o conjunto de neuronas es la misma que encontramos para concebir la relación entre fantasías y tejido cardíaco o hepático.

Pensamos que procesos corporales diferentes son fantasías diferentes, y que aquellas enfermedades que sólo se manifiestan en la consciencia como una alteración corporal son, al mismo tiempo, fantasías inconscientes que, por lo tanto, podemos considerar específicas y “propias” de esa alteración corporal. Así como sin el bacilo de Koch no hay tuberculosis, sin lo que los psicoanalistas llamamos “una fijación a la imago de una madre mala, en un sujeto en regresión oral digestiva”, no puede haber una úlcera gastroduodenal, porque en todos los sujetos estudiados se encuentra presente esa configuración psicológica descubierta por Ángel Garmá. Pero ambas son condiciones necesarias, como factores o mecanismos, pero no suficientes; no son “la causa”, ya que no bastan por sí solas para provocar la enfermedad. Son factores que se encuentran presentes también en personas que no se enferman de la misma manera. Sin embargo, dado que son

condiciones necesarias, basta modificarlas para modificar la enfermedad. Solemos decir, entonces, que hemos hecho desaparecer la causa, pero esto es sólo parcialmente cierto.

Acerca de causas y significados

Creo que es útil afirmar que hay enfermedades en donde la investigación anatómo-fisiológica ha obtenido resultados apreciables descubriendo condiciones necesarias, y otras en donde la investigación psicoanalítica ha obtenido también resultados apreciables en la misma forma, sin que esto signifique prejuzgar sobre el ser esencialmente somático o psíquico de una alteración patológica.

Dado que psíquico y somático son dos aspectos de una misma cosa, investigar la enfermedad desde ambos campos de la ciencia, aun en aquellos casos en que aparentemente ya conocemos “la causa”, permitirá descubrir otras condiciones necesarias cuyo conocimiento será valioso.

Desde el punto de vista psicosomatológico, un trastorno hepático es algo que ocurre en la mente y en el cuerpo, en la idea y la materia, en la forma y la sustancia, como resultado de un proceso que puede hacerse más manifiesto en el cuerpo que en la mente, o viceversa, pero que siempre compromete ambos aspectos.

La disciplina “clásica” denominada “patología médica” ha descrito enfermedades a partir de un criterio diferencial que proviene, como es natural, de su propio campo de trabajo. Partiendo de un campo de trabajo distinto, nos ocuparemos de fantasías que parecen estar contenidas en todas las enfermedades hepáticas y constituyen una condición necesaria para su formación.

Tanto dentro de la ciencia médica como fuera de ella, cuando decimos “el hígado” nos estamos refiriendo conscientemente a un órgano concreto más o menos conocido, pero inconscientemente, y más aún en el profundo inconsciente que nunca llegó a la conciencia (lo que Freud llama “inconsciente no reprimido”), el hígado representa otros significados, que surgen en la investigación psicoanalítica de los trastornos hepáticos.

El órgano hígado y el drama hepático

Por de pronto, digamos que, tal como ocurre con otros órganos, cuando el hígado “penetra” en la consciencia, y con mayor razón si “se” enferma, es segregado, disociado, se convierte en lo que los psicoanalistas denominamos un “objeto interno”, un personaje con el cual un sujeto dialoga, de manera consciente o inconsciente. Nadie dice “estoy

hepáticamente dolorido o dolorido en mi hígado, o me duele mi hígado”; se dice “me duele el hígado”. Ese continuo diálogo, esa fractura del yo, esa relación de objeto cuyo significado inconsciente ha sido descubierto por el psicoanálisis, es tan esencial que sin él no podría concebirse ni el pensamiento, ni la consciencia de enfermedad, ni el fenómeno de la transferencia.

El descubrimiento de aquellas fantasías particulares y específicas que configuran un trastorno hepático no sólo nos permitirá saber a priori cuál será el significado inconsciente de una enfermedad hepática que se manifiesta en la consciencia como una alteración que proviene del cuerpo. También hará posible caracterizar como hepáticos a muchos enfermos que no manifiestan una alteración corporal perceptible. Más aún, dará lugar a hablar de un carácter hepático o de un drama hepático presente en el mito de Prometeo o en las aventuras de Don Quijote y Sancho, así como en algunos personajes de Molière, Goethe y Shakespeare. Todos somos un poco Don Quijote y Sancho y un poco Prometeos. Así como se dice que todos tenemos nuestro corazón, también puede decirse que todos tenemos nuestro hígado. El drama hepático, como una estructura que se halla presente en cada ser humano, enriquece de esta manera nuestra comprensión

psicoanalítica de múltiples trastornos que se manifiestan mental o corporalmente a través de alteraciones que no se vinculan con el hígado de un modo consciente.

Una primacía hepática intrauterina

Sabemos que, para el bebé recién nacido, la succión y el contacto del pecho con la boca y de la leche con su estómago son tan centrales en ese momento de su vida como para que todo su psiquismo se organice alrededor de esas fantasías oral-digestivas, íntimamente asociadas con las funciones corporales bucales y gástricas. A modo de esquema, puede decirse que el enfermo con una úlcera gastroduodenal puede tomar leche y sentirse bien, porque ha conseguido integrarse de forma satisfactoria en esa estructura oral primaria correspondiente a un estadio de la evolución libidinal; en cambio, no puede comer carne, ya que sufre un trastorno oral secundario (con fantasías que corresponden a la actividad de morder; Garma ha descubierto que la úlcera es “un remordimiento” gástrico). Al enfermo hepático no le sienta bien la leche, y menos aún las cremas que benefician al enfermo ulceroso.

Si sus conflictos no le permiten siquiera una relación de objetos satisfactoria en esa etapa oral

primaria, forzosamente deben regresar a un tipo de organización anterior para poder sobrevivir. Podríamos aproximarnos a esta organización anterior diciendo que, durante por lo menos una parte de la vida intrauterina, el feto, que se nutre a través de su aparato vascular, enraizado en las paredes del útero mediante la placenta, se alimenta de la sangre materna, predigerida por las vellosidades que se reúnen para formar los vasos del cordón umbilical, que desembocan, en su mayor parte, directamente en el hígado. Alrededor de los dos meses y siete días de vida, cuando el embrión comienza a ser llamado feto, el hígado ocupa casi todo el abdomen. En el hombre adulto, es la víscera más grande y contiene un quinto del volumen total de sangre; en el feto, es como una gigantesca esponja, ya que su volumen es tres veces mayor que en el adulto, si se lo compara con la talla. Estas consideraciones conducen a pensar que, durante por lo menos algunos meses de la vida fetal, el psiquismo deberá organizarse alrededor de las fantasías correspondientes a estas funciones hepáticas tan importantes.

Una central digestiva endodérmica

De una manera esquemática y no del todo exacta, definimos provisoriamente esta función diciendo

que el hígado representa una especie de central digestiva en donde todas aquellas sustancias ajenas al organismo son en parte destruidas y en parte reconstruidas de tal forma que se asemejen a aquellas que constituyen nuestra propia carne.

Si durante la vida neonatal el psiquismo se organiza alrededor de la incorporación oral y durante la vida fetal lo hace alrededor de la incorporación hepática, ¿a qué se debe que Arnaldo Rascovsky y su grupo de colaboradores, trabajando desde hace años en el psiquismo fetal, hayan sostenido que la incorporación visual queda asociada a ese estadio, de tal manera que los lleva a considerarlo el mecanismo predominante durante esa etapa?

La materialización de las formas

Si durante la vida fetal el psiquismo puede organizarse alrededor de las fantasías inherentes a la incorporación hepática (como durante la vida neonatal se organiza alrededor de la incorporación oral) cuando ocurre el verdadero origen: la concepción de un “nuevo” organismo, ese organismo se encuentra frente a una tarea bien definida. Contiene dentro de sí (es inevitable pensarlo de ese modo) una especie de imagen, de aquello que deberá llegar a ser. Esa imagen es una idea, una configuración,

un molde, una receta y un estímulo. Se trata de una forma que “carece” de tamaño y sustancia.

Dispone, además, de una capacidad determinada para adquirir, sustrayéndola de su alrededor, la sustancia que necesita para ir rellenando y dando tamaño, mediante el crecimiento, a esa forma que contiene también la posibilidad de dejarse “impresionar” por nuevas formas. Estas, ya sea desde “adentro” o desde “afuera”, lo van con-formando, y él mismo, como organismo, les va dando realidad material, “sustancial”.

Esa posibilidad de incorporar formas coincidirá con aquello que Arnaldo Rascovsky ha descrito como incorporación visual, porque la idea, la forma, adquirirá representación como imagen “visual”.

La incorporación de sustancias con la cuales se construye y se rellena ese molde (que, ante todo, proviene de nuestro interior) constituye la incorporación hepática.

Diremos, entonces, aunque sea demasiado esquemático, que el feto incorpora fantasías, ideas acerca de su propio cuerpo futuro, que depositaron sus padres en su interior, e incorpora sustancias, que “extrae” de su madre, con las que realiza materialmente esas ideas.

Esa armonía entre ideas y materia puede estar perturbada, configurando una rica patología que permite comprender, desde un nuevo ángulo,

algunos de los cuadros patológicos conocidos. Además, hace posible establecer nuevas conclusiones acerca de trastornos conocidos (como la manía, la hipocondría, la epilepsia, el letargo, la simbiosis o la psicopatía). También aporta elementos que enriquecen la comprensión de conceptos como la denominada “fusión instintiva congénita”, o la envidia, que suelen ser considerados “constitucionales”.

La ictericia neonatal

Cuando ocurre el nacimiento, y se interrumpe de manera repentina el flujo umbilical, sucede una “relativa” insuficiencia de la incorporación hepática, frente a una sobrecarga de estímulos, de nuevas impresiones que se agregan a las que provienen del interior del organismo fetal. Esto equivale a un cambio en el equilibrio mutuo de los procesos que hemos descrito como incorporación visual-ideal e incorporación hepático-material.

Así como sucede con el enflaquecimiento en los sujetos que sufren hambre, puede decirse que el hígado, careciendo del normal aporte externo, se destruye cumpliendo con la exigencia de materializa nuevas formas. Se puede comprender de esa manera la ictericia, frecuente en el recién nacido, que fue considerada normal hasta hace poco tiempo.

Cabe pensar también que, en la vida adulta, la ictericia (o trastornos hepáticos más leves) surja ante un contacto doloroso con la realidad que se resiste a la materialización de nuestros sueños. Esto puede quedar representado, en lo inconsciente, como una repetición del trauma de nacimiento, ya que la insuficiencia hepática relativa debe alcanzar su mayor intensidad precisamente durante el nacimiento. Dada su relación con la herida umbilical, ocasionada por el corte del cordón, nos referimos a ella, algunas veces, denominándola “castración hepática”.

La unión entre idea y materia

Tracemos, entonces, un esquema rudimentario de lo que concebimos en el feto o en los remanentes fetales del adulto. El crecimiento, la asimilación y, más aún, la identidad se configuran en un doble proceso. Un “polo” o aspecto visual ideal del yo, a través del cual se incorpora una impresión, un estímulo que (provenga del interior heredado o del mundo externo) crea una “huella”, una forma que queda impresa mediante una inevitable destrucción parcial del polo perceptor, y un polo hepático material, a través del cual se incorpora una sustancia que alimenta y que, provenga del exterior o de nuestro propio cuerpo, permite crecer a imagen y

semejanza de los estímulos visual ideales, y recapitarse para materializar nuevos estímulos.

A través de un historial clínico y del mito de Prometeo, llegamos a la conclusión de que el estímulo queda asociado, en la fantasía, con la masculinidad, con la semilla y con el semen, mientras que la sustancia, como lo muestra el origen de la palabra materia, derivada de *mater*, madre, queda asociada con la feminidad y la maternidad.

La unión entre idea y materia se representa de manera inconsciente y ancestral, como aquello que los psicoanalistas llamamos “la escena primaria”, un coito primordial, que también se asocia con ingerir o tragar.

La investigación psicoanalítica ha mostrado que se trata de una escena primordial, incestuosa, que esconde fantasías narcisistas vinculadas con otras bisexuales, más regresivas, que se representan en el hermafroditismo y en la reproducción asexual. Encontramos en esto una puerta de entrada para la investigación de los significados inconscientes que se materializan en la proliferación de un cáncer.

Cuando los ideales superan la capacidad hepática del yo para materializarlos, su efecto, que puede adoptar la forma de una descarga motora, del tipo de la epilepsia, o visual, del tipo de las alucinaciones oníricas o del delirio psicótico, suele surgir acompañado por fantasías que generan terror.

El trauma hepático

Dicho en otros términos, más habituales, si nuestros proyectos (o ideas) superan nuestros “hígados” para convertirlos en algo concreto y material, una nueva idea imperativa que se sume a las anteriores es sentida como algo que nos enloquece, que nos destruye. Es algo que sucede muy frecuentemente. Por eso creo que ha de comprenderse con facilidad que una defensa y, a la vez, un síntoma frente a estas situaciones es el aburrimiento.

Si la injuria es demasiado intensa, el aburrimiento se convierte en somnolencia o en modorra (el letargo que describe Fidias Cesio). Si el sujeto posee más fuerza, frente a esos estímulos se defiende mejor, no se aburre, se distrae, se separa, se disocia. Puede suceder también que recurra a un mecanismo más eficaz, digestivo y agresivo, que en un estado hepático equivale a la envidia.

Si estudiamos la etimología de la palabra “aburrimiento”, nos encontramos con que deriva de aborrecer, que proviene de horror, que deriva de horripilar. Horripilar (hacer erizar los pelos) equivale, obviamente, a una vivencia de terror. La palabra “aburrimiento”, por su origen, nos muestra que oculta un miedo horripilante.

Suele decirse: “Lo que no mata engorda”. Podríamos añadir que lo que no engorda mata. Son los

mismos estímulos, necesarios y útiles, aquellos que se transforman en ideales divinos o en demoníacos, en horripilantes, en siniestros, cuando superan la capacidad hepática del yo y, en lugar de fecundarlo, lo pudren. Reparemos en la palabra “vampiresa”, cuyo significado aparente es el de una mujer sexualmente atrayente, pero cuyo significado latente es el de un monstruo chupasangre.

El asco, un afecto primordial

Lo que pudre engendra asco. Suele decirse “estoy podrido” para expresar el estar aburrido o harto. La palabra “fastidio”, que expresa una vivencia parecida, deriva de la palabra “hastío”, que significa, literalmente, mezcla de asco y aburrimiento. Un significado semejante se descubre en el estudio etimológico de la palabra “modorra”. Dijimos que el que se aburre se defiende del horror, pero en realidad, como ocurre con muchas otras defensas, también se somete a ese horror, se pudre. Palabras como “mufa” y “apolillo” muestran claramente este aspecto destructivo del aburrimiento y del letargo, ya que la mufa es un hongo que invade algo que se deja en la humedad y el apolillarse equivale a ser comido por un insecto, la polilla.

El asco, que acompaña con frecuencia los trastornos que la clínica médica diagnostica como

enfermedades hepáticas, y que suele enmascararse en otros síntomas, como por ejemplo la falta de apetito, es un equivalente muy visceral, muy referido al interior del cuerpo, de un horror, encubierto, frente a lo monstruoso de una unión patológica entre idea y materia. (Corresponde a la posición esquizoparanoide postulada por Melanie Klein, y su integración depresiva conduce a la vergüenza; Freud sostenía que el asco y la vergüenza constituyen los dos motivos de la conciencia moral.)

La doble polaridad de lo sagrado

Volvamos a un concepto esencial. Si se dispone de una capacidad “hepática” suficiente, los sagrados ideales serán “angelicales”. En cambio, un déficit en la capacidad en materializar transforma los proyectos ideales en demonios destructivos. Es el caso de Don Quijote (de quien dice Unamuno que su color amarillo y sus actos lo acreditan como bilioso) frente a los molinos de viento trasmutados en gigantes hostiles. En cambio, Prometeo, a pesar de su tormento hepático sempiterno, consigue entregar a los hombres el fuego de los dioses y, según Esquilo, es el primero en distinguir entre los sueños aquellos que han de convertirse en realidad. El hepático experimenta asco, con frecuencia reprimido

e inconsciente, frente a estos contenidos ideales que se le aparecen como siniestros y demoníacos.

Así como el ulceroso gastroduodenal se siente habitado en su estómago por un personaje que lo muerde o con un ácido que lo quema y lo corroe, el hepático, que por sus conflictos subyacentes no puede extraer y elaborar los alimentos que necesita para materializar sus sueños, para transformar en carne propia y en un cuerpo sano sus fantasías heredadas, siente que habita su psiquismo una especie de “hígado placenta”, un monstruo asqueroso voraz y chupasangre, siniestro y repugnante, que lo absorbe y lo digiere, pegajoso, viscoso y temible, que la ciencia ficción representa habitualmente. En lo inconsciente, suele quedar asociado con la imagen de un feto o un embrión, un pulpo o un insecto, una esponja que, más que devorar, absorbe y asimila de una manera osmótica.

Fantasías hepatobiliares

Junto a las fantasía hepatoglandulares que mencionamos, existen otras, hepatobiliares. La bilis, más que algo que se excreta a través de las vías biliares, es una secreción que se elabora como un “jugo” que interviene (saponificando las grasas) en un tipo de digestión que, en un cierto sentido, podemos

considerar externa, ya que no se realiza en la intimidad de los tejidos, sino en la luz intestinal.

Resumiendo conclusiones que surgen de la investigación psicoanalítica de los trastornos hepáticos, diremos que la formación de la bilis y su progresión a través de las vías biliares son y simbolizan la acción de envidiar, añadiendo la cualidad específica, venenosa y amarga, que transforma en envidia a una fantasía visual proyectiva que corresponde a lo que popularmente se expresa como mal de ojo (*invideo*). Se vincula con un modo de funcionamiento mental que consiste en desmenuzar o analizar un objeto afuera, antes de incorporarlo. Así se comportan algunos reptiles o arácnidos que proyectan o inyectan sus jugos digestivos sobre la víctima-alimento, y este tipo de imágenes se asocia, con frecuencia, tanto en la clínica como en la literatura, a las enfermedades hepáticas, a los celos y a la envidia. (La envidia se representa, por ejemplo, como una deidad alegórica con la cabeza enraizada de serpientes y con la mirada torva y sombría.)

Es un hallazgo continuamente comprobado el que los celos y la envidia aparezcan íntimamente ligados en la fantasía inconsciente. Melanie Klein sostuvo que el niño envidia el pecho de la madre y que los celos aparecen cuando esta relación bipersonal pasa a estructurarse en una relación triangular con el padre.

Pero los celos pueden existir desde el primer momento si aceptamos que todos poseemos una representación interna inconsciente de lo que hemos llamado una escena primaria, una imagen de coito primordial fecundante entre la idea y la materia, que se manifiesta dentro de nosotros como crecimiento, como desarrollo o como poder creador y como inspiración artística.

Nos encontramos, entonces, con las tres formas de la materialización: el crecimiento, la procreación y la sublimación. Si nos conformamos con la brevedad de un esquema, el primero predomina hasta la pubertad, la segunda lo hace en el adulto y la tercera, en el anciano.

Suele afirmarse que son genios los que poseen ideas geniales, pero es más adecuado pensar que los genios, sin perder el contacto con las ideas cuya materialización los expone a un gran esfuerzo, poseen un hígado suficiente como para grabar sobre el bronce o la piedra las ideas “traumáticas”, que tienden a ser destruidas por sus contemporáneos.

Desde la envidia hacia la melancolía

La envidia, además de ser un sentimiento, constituye un mecanismo de digestión “afuera”, que puede conformar un paso previo a la incorporación,

precisamente en aquellos casos en que se teme incorporar. Cuando su función fracasa, el sujeto puede sufrir la acción de la envidia en su propio organismo. Se intoxica, se amarga y puede volver a experimentar somnolencia y letargo. Consideraciones semejantes son válidas para los celos que pueden ser caracterizados como una variante erótica de la envidia. Teniendo en cuenta la fantasía inconsciente más profunda que vincula estos estados, podríamos atrevernos a afirmar que todo letargo constituye un fracaso en la expresión y el desarrollo de la envidia y su variante “erótica”, los celos.

Puede ocurrir, incluso, que el sujeto quede verde de envidia. Materialmente hablando, puede sufrir una ictericia verdínica. Como consecuencia de una obstrucción o un trastorno en su vesícula o en sus vías biliares, su vesícula puede quedar llena de una bilis estancada negra como el petróleo. Los antiguos se referían a un temperamento “amargado” llamado atrabiliario. Recordemos que melancolía significa bilis negra. Molière pone en boca de su Alceste, amargado y celoso: “Ya me duelen los ojos de ver en la ciudad y en la corte objetos que me revuelven la bilis”.

EL PSICOANÁLISIS ES PSICOSOMATOLOGÍA

William Blake sostuvo que llamamos cuerpo
a la parte del alma que se percibe
con los cinco sentidos.

Podemos agregar que llamamos alma
a la vida que anima a los cuerpos que viven.

Lo que la palabra "psicoanálisis" designa

El significado de la palabra "psicoanálisis" trasciende el ámbito de la medicina, en el cual ha nacido como una psicoterapia destinada a la curación de los trastornos que se denominaban histéricos, para convertirse en *una concepción del mundo* (una *Weltanschauung*) que generó un *movimiento* perdurable (el *movimiento psicoanalítico*) y que, desde su origen en Viena, se extendió por el resto del mundo *civilizado*, es decir, en los lugares en donde los seres humanos formaron ciudades. Si tenemos en cuenta que la política (en el mejor de sus sentidos) constituye una actividad dirigida a gobernar

una ciudad (*polis*, en griego, es ciudad), nada tiene de extraño afirmar que no sólo el movimiento psicoanalítico sino también el psicoanalizar contienen todas las responsabilidades de un ejercicio político.

Su estructura teórica se ha despegado de la medicina para constituir una ciencia y una disciplina dentro de una técnica que alcanza las sutilezas del arte. Influye, incluso, en la evolución de todos los sectores del conocimiento, “descendiendo”, desde la política hacia la economía, la pedagogía o la medicina.

La idea de que la ciencia establece, de una vez y para siempre, cómo son las cosas ya no se sostiene. Menos conocido, pero igualmente válido, es que tampoco se sostiene que la capacidad de predecir resultados, valiosa en sí misma, alcanza para definir “la función” de la ciencia o para constatar que una determinada afirmación “es” científica.

Tal como sostiene Carlo Rovelli en *Che cos'è la scienza. La rivoluzione di Anassimandro* [Qué es la ciencia. La revolución de Anaximandro], las predicciones verificables (que suelen denominarse evidencias) son algunos de los instrumentos que funcionan en el ejercicio de una actividad científica, pero, sin desmedro de su indudable valor, están al servicio de una actividad intelectual, incomparablemente

“mayor”, cuya sustancia es muy otra. Es importante no confundir los instrumentos con los fines, porque los fines del conocimiento científico apuntan a modificar y mejorar nuestra imagen del mundo en el que vivimos, y es allí en donde la ciencia encuentra su principal objetivo.

Dicho sea de paso, reparemos en que el tema de las predicciones conduce al de la medicina basada en la evidencia, para la cual son válidas las conclusiones de Rovelli recientemente apuntadas. En otras palabras, la reconfortante confirmación, mediante la repetición de una experiencia, de algo que una teoría sostiene no alcanza para cumplir con el objetivo que toda ciencia persigue y que consiste en aumentar el conocimiento de lo que se investiga.

Clásicamente, el pensamiento científico progresaba a través de un proceso que, a partir de una hipótesis, formulaba una tesis que demandaba una demostración. Ya no se piensa de la misma manera sobre ese proceso, porque el acento se desplaza sobre la construcción de la hipótesis, y la cuestión conduce a descubrir que (tal como lo afirma, por ejemplo, Portmann, cuando señala que el color rojo de la cresta del gallo puede ser explorado desde la química o desde el ritual de apareamiento) toda respuesta queda inevitablemente condicionada por la forma

en que se formula la pregunta. Porque *toda hipótesis es el producto de una elección que constituye una base subyacente que establece la clase de tesis que la ciencia procura comprobar.*

Decíamos que el psicoanálisis nació en el ámbito de la medicina, como una psicoterapia (la *talking cure*, “la cura que se realiza hablando”) destinada a la curación de los trastornos que se denominaban histéricos. Sigmund Freud, su creador, se ocupó de señalar en 1905 (en el historial de Dora) que no se debía trasladar a la teoría psicoanalítica un carácter de la técnica y que *sólo la técnica terapéutica es puramente psicológica.*

Fue el mismo Freud que afirmó que la medicina nunca podría prescindir de la psicoterapia, dado que la otra parte involucrada en el proceso terapéutico, o sea, el enfermo, no tenía la menor intención de renunciar a ella. Sus palabras demuestran la resuelta e indeclinable actitud que adoptaba, ya desde el comienzo de su tarea psicoanalítica, con respecto a la íntima e inseparable relación existente entre el alma y el cuerpo.

En sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en un intento por caracterizar lo anímico, señala que posee un sentido y aclara que por sentido entendemos significado, propósito o tendencia y ubicación dentro de una serie de nexos psíquicos. En

su *Psicopatología de la vida cotidiana*, define el significado de un elemento por su pertenencia a una serie encaminada hacia un fin, y no cabe duda de que la idea de significado es inseparable del sentido en su doble connotación de ser algo que se siente y que, al mismo tiempo, se encamina hacia una meta. Si bien puede discutirse la homologación del significado con lo que denominamos psiquismo, carecemos de una mejor idea en la cual apoyarnos para poder definirlo.

Como resulta evidente frente a una obra de arte o ante la lectura del más elemental de los textos, si aceptamos que lo psíquico se define por su significado, es evidente que lo psíquico perdura más allá de la vida, ya que los significados que Shakespeare puso en *Hamlet* no son los mismos que puso en *Otelo*.

Sin embargo, dado que Freud se desarrolló inevitablemente impregnado por los conceptos y el lenguaje que surgieron de los fundamentos que intentaba cambiar, se comprende que (a pesar de que afirmaba que no constituía la base del edificio, sino su coronamiento, y que podría sustituirse sin daño para el psicoanálisis) construyera una teoría metapsicológica sustentada en un dualismo cartesiano que, luego de separar lo existente entre una *res extensa* y una *res cogitans*, trataba a la

segunda utilizando los mismos conceptos que se demostraron adecuados para la primera. Fueron ideas con las cuales trabajó muchos años y que lo llevaron a concebir el mundo psíquico como un aparato funcionando en un “especie” de espacio virtual y regido por una tónica, una dinámica y una economía. Suele decirse que numerosas observaciones testimonian que psiquis y soma se influyen mutuamente, pero que se ignora cómo. (El misterioso “salto” que se acostumbra representar con el famoso guion, tristemente célebre, para el cual el modelo cartesiano carece de una tercera sustancia.)

Los dos principios fundamentales

Sólo en los últimos años de su vida, hacia 1938, Freud rechaza enfáticamente el dualismo cartesiano y establece los dos principios fundamentales del psicoanálisis, acerca de los cuales nunca dijo que podrían sustituirse sin dañar la teoría.

En el primero, postula la existencia de un aparato virtual, imprescindible para poder concebir dos instancias. Un mínimo especular sin el cual es imposible pensar (como resulta evidente, por ejemplo, en la relación entre un representante y su representado).

En el segundo, sostiene esencialmente tres afirmaciones. Lo que solemos registrar como un fenómeno somático es lo psíquico inconsciente. Lo psíquico inconsciente es lo psíquico genuino, lo verdaderamente psíquico. Hay que buscar una apreciación diversa para los procesos conscientes.

La segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis permite sostener que en la consciencia operan y coexisten dos sistemas de organización conceptual: uno físico y otro histórico (coincidiendo con lo que Weizsaecker denominaba óntico y pático). Con frecuencia (pero no siempre), registramos por separado fenómenos somáticos y psíquicos (no sucede así cuando lloramos, cuando masticamos un caramelo o cuando dos seres humanos se besan en la boca)

La “novedad” de la segunda hipótesis consiste en sostener que el cuerpo y el alma “son lo mismo”. William Blake (el insigne poeta inglés que murió treinta años antes de que naciera Freud) sostuvo que llamamos cuerpo a la parte del alma que se percibe con los cinco sentidos. Completando su pensamiento, podemos sostener que llamamos alma a la vida que anima a los seres que viven.

Recordemos lo que señala Weizsaecker (en *Natur und Geist*, traducido por Dorrit Busch):

De hecho se había superado con ello el paralelismo contenido en las series de los fenómenos psíquicos y somáticos, en la medida en que retornaba a una identidad que subyacía tras las paralelas, dado que el conflicto anímico no es otra cosa que la enfermedad del cuerpo como tal. Se puede observar cómo esta conceptualización de la identidad obtiene aquí de antemano la victoria sobre la causalidad recíproca, dado que solamente el modo de contemplación separa a dos series que en su esencia se basan en una identidad.

En un mismo tren de ideas, vale la pena mencionar lo que lúcidamente escribe Richard Gregory (en *Mind in Science*): “Se sostiene habitualmente que [las explicaciones mecanicistas] constituyen la explicación correcta, porque de hecho no introducen un propósito, pero la noción de propósito se encuentra esencialmente ligada con la función, y la función es esencial para una máquina”. Señalemos, además, que en la fisiología que se enseña en todas las escuelas de medicina nunca pudo prescindirse de algunas explicaciones teleológicas, gracias a las cuales la morfología o la histología de un órgano o de un tejido pueden comprenderse a partir de una meta que se “debe” alcanzar.

Acerca de la psicopatología

Dada la afirmación freudiana de que *el cuerpo es lo psíquico genuino* (en lugar de ser dos existentes relacionados entre sí), la morfología y la fisiología, tanto normales como patológicas, y los particulares significados inconscientes (que pueden denominarse específicos o propios) pasaron a ser concebidos como las dos caras de una moneda, o como la misma “cosa” contemplada desde dos organizaciones de la conciencia conceptualmente distintas (una somática o física y la otra psíquica o histórica). Hoy sostenemos (a partir de la segunda hipótesis y luego de numerosas investigaciones realizadas durante más de medio siglo) que el psicoanálisis, en sí mismo, es inseparable de *una psicopatología particular, cuya especial característica consiste en ser la única que se sustenta en la tesis de que cada trastorno corporal “lleva” implícito* (en sus características y en la “localización” del trastorno) *un significado inconsciente propio y específico*.

Ese tipo de investigación, sustentada en ese encuadre teórico, fue precedida por la labor de psicoanalistas insignes que contribuyeron a construir sus fundamentos. A partir de allí, y acorde con la afirmación freudiana de que todo proceso algo importante puede arrogarse la representación de una función de la cual forma parte, se divisaba, entonces, la

posibilidad de continuar investigando más allá de las fantasías (primarias y secundarias) orales, anales y genitales, subrayadas por Freud, que se refieren a las zonas corporales en donde la piel entra en contacto con un revestimiento mucoso.

Karl Abraham había señalado un aspecto intestinal de las fantasías anales vinculándolas con las funciones del tubo digestivo que se extiende desde el píloro hasta el ano. Garma, en sus investigaciones sobre la úlcera gastroduodenal, se refería a la existencia de fantasías oral-digestivas, correspondientes al trayecto que va desde la boca al píloro.

El camino estaba trazado, y a partir de la desembocadura del colédoco en el duodeno, y de la existencia, en la vida extrauterina, de los afluentes de la vena porta (cuya función se cumple en el feto a través de la vena umbilical), que desde el intestino se dirigen hacia el hígado, postulamos la existencia de dos tipos de fantasías hepáticas. Fantasías hepatoglandulares (propias del parénquima hepático, que se origina en la zona craneal del embrión), correspondientes a la función hepática de asimilar para transformar en “carne propia” los alimentos incorporados en el intestino (o la sangre que llega desde la placenta), y fantasías hepatobiliares (propias del sistema coledociano, que se origina en la zona caudal del embrión), que corresponden a la

función de verter la bilis en el intestino para participar en el proceso digestivo y excretar la hemoglobina degradada que proviene de los glóbulos rojos caducos.

A partir, entonces, de las clásicas primacías sucesivas (durante la evolución de la libido) y de las fantasías (primarias y secundarias) orales, anales y genitales, subrayadas por Freud, postulamos la existencia de una primacía hepática, prenatal, en una época de la vida en la cual el hígado es la víscera más grande y ocupa, desde ambos hipocondrios, casi todo el abdomen.

De más está decir que, en todos estos años, nuevas investigaciones condujeron al descubrimiento de fantasías específicas cuyas distintas cualidades son propias de otros órganos. En *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, describimos, hace ya muchos años, las distintas vicisitudes de las ubicuas relaciones entre idea y materia, como productos del eterno vaivén de dos ejercicios: idealizar y materializar.

No se nos escapa que la tesis que allí sostenemos acerca del significado inconsciente de *lo hepático* parte de una hipótesis, que podemos denominar *hipótesis Prometeo*, cuya justificación reside, precisamente, en las respuestas psicosomatológicas fructíferas que pudo ofrecer.

Tres maneras de la vida

Pronto surgió la importancia de destacar *tres maneras de la vida*, representadas por *corazón*, *hígado* y *cerebro*, que constituyen “amplios” desarrollos de las tres capas celulares embrionarias: mesodermo, endodermo y ectodermo.

Esas tres maneras se reproducen en un *querer* “cardíaco” (en el presente), un *poder* “hepático” (que sólo se certifica en el pasado) y un *deber* “cerebral” (que constituye una deuda que deberá saldarse en un futuro).

Corazón, *hígado* y *cerebro* también se manifiestan en tres mundos: uno *sensitivo* (como un *sapere* que se “saborea”), otro *perceptivo* (que se experimenta como un *experire* insustituible) y un tercero *normativo* (que funciona como algo que “se dice” como una prescripción, un *scire*). Tres formas de la inteligencia, una *emocional* (que otorga sentido), otra *práctica* (que otorga significancia, que es la importancia de un significado) y una tercera *racional* (que otorga un significado).

Además de corazón, hígado y cerebro, encontramos otros representantes de las hojas embrionarias, en órganos como el riñón, el pulmón y la neurohipófisis, o el hueso, el intestino y la piel.

No sólo *presentimos* los presentimientos cardíacos (reactualizando los resentimientos) o *reformulamos* los

lemas hepáticos (que nos rigen y que corregimos), sino que además *repensamos* los prejuicios cerebrales (representando y reinterpretando lo que rememoramos).

Así, entre la importancia y la pregnancia (René Thom) del proceso primario que se aproxima a un querer “cardíaco”, representado por Edipo, y la diferencia y la saliencia (René Thom) del proceso secundario que surge como un “registrar cerebral”, representado por Narciso, funciona el proceso terciario de una “sabiduría hepática”, representado por Prometeo, que completa las tres maneras en que procede de la vida.

Acerca de la consciencia

La afirmación freudiana de que lo inconsciente es lo psíquico genuino y de que hay que buscar una apreciación diversa para los procesos conscientes conduce la indagación hacia la difícil caracterización de la consciencia. Comencemos por decir que, dado que la palabra “universo” incluye todo lo que hay, Schrödinger sostiene que una teoría sobre el universo debe incluir una teoría sobre la consciencia. Afirmo, además, que la única forma de integrar el determinismo (que surge de nuestra racionalidad) con el libre albedrío (que surge como un sentimiento indeclinable) es admitir que

hay “una sola” consciencia universal que, mientras creemos que cada cual tiene la suya, percibimos como propia.

La consciencia cognoscitiva, que se escribe en castellano con una “s” como cuarta letra, se descubrió en el año 1600. El reconocimiento de la conciencia moral (en inglés se dice *consciousness* y *conscience*) es mucho más antiguo. Tal vez el carácter “persecutorio” de la conciencia moral retrasó el descubrimiento introspectivo de la consciencia cognoscitiva.

El concepto *consciencia* se vincula estrechamente con el concepto *yo* y con el denominado *esquema corporal*, dado que lo que se llama *autopercepción* o *consciencia de uno mismo* forma parte de la consciencia cognoscitiva.

En *La interpretación de los sueños*, Freud afirma que la consciencia es el órgano sensorial para la percepción de las cualidades psíquicas. (Cabe señalar, sin embargo, que las cualidades de lo percibido no son, en realidad, cualidades “del objeto”, dado que “nacen” de nuestra relación con él.)

No sólo sucede que la consciencia de una persona siempre es parcial, ya que constituye, inevitablemente, un “punto de vista”; ocurre, además, que la consciencia tiene límites, en cuanto percibe una reducida gama de ondas visuales o

acústicas, pero también en su capacidad de discriminación. (Schrödinger relata que dos radiaciones, una amarilla “pura”, de 590 nanómetros, y otra mezcla, de 790, de color verde, con 535 de color rojo, se perciben, ambas, como el mismo amarillo.) Agreguemos que la consciencia es un singular cuyo plural se desconoce, ya que “deducimos”, pero no “registramos”, la consciencia de nuestros semejantes.

Reflexionando sobre lo que nos sucede, es posible darse cuenta de que, junto a una consciencia “problemática”, dedicada a “lo que falta” y centrada en resolver dificultades (que ha recibido la preferente atención de Ortega y Gasset, conduciéndolo hacia la afirmación de que la vida es un radical y persistente problema), hay, en algunas ocasiones, otro “tipo” de consciencia, más tenue y amable, en la cual nunca acude a nuestros labios la palabra “yo”.

Si tenemos en cuenta la íntima relación existente entre el yo y la consciencia como autopercepción del yo, nada tiene de extraño pensar que existen, “estratificadas”, numerosas conciencias inconscientes, distintas de nuestra consciencia “de vigilia” habitual, y que se relacionan entre sí, como otros tantos yoes. (Cesio pensaba en la existencia de un yo célula-humoral.)

Decir que disponemos de una consciencia consciente y de numerosas consciencias inconscientes en nada disminuye, sin embargo, la importante diferencia que existe entre lo inconsciente y aquello que habitualmente, sin incluir una consciencia inconsciente, llamamos consciencia. Tenerlo en cuenta devuelve su original suficiencia a la diferencia entre consciente e inconsciente.

Auditivo y visual

Señalemos los riquísimos matices que surgen, en la consciencia, como producto de las dos percepciones “distales”: el oído y la vista. Machado (en *Proverbios y cantares*) escribe: “Hay dos modos de conciencia: / una es luz, y otra, paciencia. / Una estriba en alumbrar / un poquito el hondo mar; / otra, en hacer penitencia / con caña o red, y esperar / el pez, como pescador. / Dime tú ¿cuál es mejor? / ¿Consciencia de visionario / que mira en el hondo acuario / peces vivos, fugitivos, / que no se pueden pescar, / o esa maldita faena / de ir arrojando a la arena, / muertos, los peces del mar?”.

La luz simboliza la manera visual de la consciencia que contempla espacios complejos o escenas en donde los objetos son percibidos en simultaneidad,

y la paciencia alude a la consciencia auditiva, secuencial, adjudicando palabras que “reducen” la complejidad “fijando” en conceptos “cerrados” las cosas “abiertas” que, vivas, evaden esa limitación artificial. (El proceso no termina siempre allí, porque dentro del lenguaje verbal se ha desarrollado la poesía.)

Porchia, aproximándose a esa misma experiencia desde otro ángulo (pienso que utiliza la palabra “comprender” para referirse a entender de manera racional), señala: “Creo que sentir es profundo y comprender es superficial, porque siento muchísimo y casi no comprendo”. Es importante subrayar que denomina “voces”, que se oyen, a lo que escribe con palabras que se ven.

Si las palabras esclarecen e *iluminan* la penumbra o la tenebrosa oscuridad, convirtiendo la desolación en un mundo y un espacio poblado de seres y reflejos, las voces tienen una *resonancia* que, con su concierto de cadencias y ritmos en el tiempo, recorren el silencio con los ecos de una presencia “pretérita”, tal vez inesperada, pero siempre añorada.

Así vivimos, pues, sabiendo o sin saber, entre esas dos consciencias que emanan desde nuestras dos sensibilidades distales: la vista de la vida extrauterina, en un espacio habitado y un tiempo que sólo es

velocidad y movimiento, y el oído, más antiguo, que ya “sentía” en una época en la cual la oscuridad repercutía y “vibraba” en el “cavernoso” espacio-tiempo de una reconfortante cercanía.

Es imprescindible señalar que lo que comentamos no agota la repercusión emotiva de lo que poéticamente transmite Machado.

Más allá

Para denominar una colección de escritos de Aristóteles, un tal Andrónico de Rodas usó el equivalente griego de la palabra “metafísica”, que se refiere a lo que está más allá de la física. Allí, el prefijo “meta” no adquiere el significado de finalidad que forma parte de la teleología.

Repasemos algunas circunstancias. Freud usó la palabra “metapsicología” para referirse a lo que está más allá de la psicología. Usamos la palabra “metahistoria” para referirnos a lo que está más allá de la historia. Los lingüistas utilizan la palabra “metalenguaje” para referirse a lo que está más allá del lenguaje. En la oración: “El gato es un felino”, está claro que nos referimos al animal que maúlla, y por eso decimos que estamos ejerciendo un lenguaje. Si escribimos, en cambio, que la palabra “gato” tiene cuatro letras, lo que estamos ejerciendo es un

metalenguaje, y para expresarlo la encerramos entre comillas.

Si estamos de acuerdo con que la consciencia no es lo genuinamente psíquico (Freud lo subraya cuando afirma que es necesario buscar para ella alguna otra apreciación, distinta), es evidente que la consciencia está más allá de lo psíquico genuino y también que tiene un cierto sentido decir que es metapsíquica.

Subrayemos ahora que algo esencial radica, sin embargo, en otro asunto. La consciencia “funciona” como si fuera un espejo (una *consciencia de*), pero también es capaz de operar, frente a una particular interfaz entre representado y representante, sin ser uno ni el otro. Si pienso que la consciencia posee dos “ventanas”, una que registra lo psíquico (o histórico) y la otra lo somático (o físico), ella también podrá ser, “contemplándolas”, “por fuera” de esas dos ventanas, y en ese “más allá”, metapsíquica (o metahistórica) y también metasomática (o metafísica). Se trata, otra vez, de una apreciación diversa para los procesos conscientes.

Reprimir no es inhibir

A través de su comprensión del significado de los actos fallidos, Freud descubrió que la represión no

siempre inhibe el acceso a la “esfera motora” del yo, de los impulsos reprimidos, de modo que reprimir no siempre coincide con inhibir.

También tiene acceso a la esfera motora del yo una parte de lo inconsciente que nunca ha sido reprimida, porque jamás llegó a la consciencia. Precisamente por eso, porque hay “representaciones” inconscientes que nunca fueron conscientes, se comprende no sólo la incredulidad generalizada que despierta el hecho de que toda enfermedad es tan inevitablemente psicosomática como el organismo que la padece, sino también las dificultades con las cuales tropieza la investigación que “desnuda” el significado de las alteraciones del cuerpo.

Más allá de las fantasías (primarias y secundarias) orales, anales y genitales, subrayadas por Freud, que se refieren a las zonas corporales en donde la piel entra en contacto con un revestimiento mucoso, y a partir de su afirmación de que todo proceso algo importante puede arrogarse la representación de una función de la cual forma parte, la investigación condujo al descubrimiento de fantasías específicas que constituyen distintas cualidades que son propias de otros órganos.

Cabe agregar que los diversos aspectos de la *hipótesis Prometeo* fueron elaborados y debatidos,

durante años, por la mayoría de los miembros de nuestra fundación. No ha sucedido lo mismo con los fundamentos (surgidos de la “fusión” de naturaleza y cultura que Katya Mandoki denomina *culturalaleza*), que hoy reunimos con el nombre de *hipótesis colmena*, y que abordaremos en la próxima sección.

SEGUNDA PARTE

La hipótesis colmena

SÓLO SE PUEDE SER SIENDO CON OTROS

“Una hormiga sola no podría considerarse que tiene algo específico en su mente. Varias hormigas juntas, rodeando a una presa, parecerían tener una idea en común. Pero recién cuando se ve la sombra de miles de hormigas cubriendo el suelo del bosque, es cuando se puede percibir a ‘la bestia’”.

LEWIS THOMAS

¿Quién es el propietario?

Mientras el insigne Lewis Thomas pasea por el bosque, se pregunta (en *Las vidas de la célula*) si es él quien saca a “respirar” a las mitocondrias procariotas que habitan el protoplasma de sus células o son las mitocondrias quienes lo sacan a respirar entre el conjunto de árboles. En otras palabras: ¿en dónde “reside” el “propietario” que siente, piensa y hace, originando ese pronombre personal que, visto desde

afuera, es un *ego* (que hoy se ha “vestido” de ciencia) y, visto desde adentro, es *yo* (como pronombre personal)?

Cabe recordar aquí lo que sostiene Victor von Weizsaecker (en *El médico y el enfermo*):

Aprendimos que el cuerpo humano se compone de tejidos y que los tejidos se componen de sustancias químicas. Aprendimos que todo esto se modifica en las enfermedades de acuerdo a la forma y a la composición. Ahora podemos emitir un juicio: esto está enfermo. Pero el enfermo puede decir: yo estoy enfermo. ¿Es que una célula puede decir “yo”? ¿Es que una molécula, un átomo, un electrón, pueden decir “yo”? ¿Quién es aquel que dice “yo”? Sólo nos enseñaron cuestiones acerca de las cosas que son “algo”, no aprendimos nada de cosas que son “alguien”. Pero la consulta comienza con que alguien nos dice “estoy enfermo”.

Durante años, imaginamos una colmena como el producto de una sociedad de insectos gobernados de manera “vertical” por uno de ellos, al cual denominamos, por analogía con una interpretación de la organización de las colectividades humanas (que caracterizó una época de nuestra forma de pensar y proceder), la reina.

Hoy sabemos que la reina no gobierna la colmena, sino que ella forma parte de un conjunto que se organiza con otros parámetros.

Como sucede con la organización de las células del cerebro, entre las cuales no se encuentra una neurona “presidente”, o con las redes autogestantes, como la que constituye la malla de interconexiones que caracteriza internet, los “nodos” (*hubs*) que “presiden” un determinado proceso alternan su “presidencia” durante la realización de diferentes funciones.

Adquiere todavía una mayor significancia el hecho de que (como ha sostenido Pierre-Paul Grasse, para el caso de las hormigas, con el nombre de *estigmergia*) ninguna abeja posee la inteligencia ni la capacidad “práctica” que posee la colmena que, en virtud de lo que ocurre, lejos de ser considerada como una sociedad de insectos, constituye, en realidad, un *superorganismo* capaz de proceder con una inteligencia de la cual carece una abeja aislada.

Un hormiguero construye para sí un hábitat que a veces alcanza varios metros de altura y unos treinta de diámetro, y dentro del cual hay cámaras y corredores cuya humedad y temperatura funcionan dentro de parámetros precisos. En su interior, puede llegar a desarrollarse una “ganadería” y una “agricultura”, cuando algunas hormigas “ordeñan” pulgones y cultivan hongos.

No se trata sólo de lo que ocurre con insectos; de acuerdo con lo que sostiene Gregory Bateson, lo que aquí elegimos denominar *hipótesis colmena* puede aplicarse, sin lugar a dudas, a otra muy frecuente “agrupación de individuos” que también constituye un superorganismo con inteligencia “propia”: el bosque.

La cuestión alcanza toda su importancia cuando reparamos en que (más allá de que lo que más influye en las vicisitudes de la convivencia humana de una determinada población es una “opinión pública” compartida, la mayor parte de la cual funciona de manera inconsciente, y más acá de lo que podríamos llamar una inteligencia ecosistémica) debe existir, sin duda, una *inteligencia de la humanidad* en su conjunto (del “hormiguero” humano) que escape a la posibilidad de comprensión de una persona que integra ese conjunto.

Justificación de la hipótesis

Tal como lo manifestamos para el caso de la *hipótesis Prometeo*, la legitimidad de toda hipótesis surge de la posibilidad de engendrar una tesis que, como toda teoría, no se mide en su valor por el hecho de considerarla verdadera, sino por su capacidad de explicar una mayor cantidad de acontecimientos con una menor cantidad de principios.

Veamos, pues, cuáles fueron los productos teóricos que, surgiendo de la tesis a la que conduce la *hipótesis colmena*, justifican su existencia.

Durante muchos años, se ha pensado que la consciencia de sí mismo era un patrimonio de lo humano y, a lo sumo, de algunos animales superiores.

Luego de que los excelentes trabajos de una nueva generación de biólogos, entre los cuales sobresale, sin duda, Lynn Margulis (véase de Margulis y otros *Chimeras and Consciousness. Evolution of the Sensory Self*), llegaron a sostener que la consciencia de sí mismo es inseparable de la vida, en cualquiera de sus formas, la supuesta superioridad biológica de los seres pluricelulares se derrumba.

Considerando que constituyen, humanidad inclusive, recientes y prescindibles advenedizos en la evolución biológica, se “devuelve” a los microorganismos su enorme y multimilenaria importancia en la historia de esa evolución, dado que durante los primeros dos tercios de la existencia de la vida en el planeta que habitamos fueron sus únicos representantes.

Más aún, la consciencia actual de la imprescindible presencia de los microbios, cuyas funciones constituyen una parte indivisible de la fisiología de los organismos conformados por billones de células, subraya que lo que afirma Porchia cuando

escribe: “Nadie está hecho de sí mismo” trasciende su referencia a lo que somos en un *inter-essere* con nuestros congéneres, para incluir una mayor significancia. Esta se alcanza al comprender que somos, más allá de una metáfora, un conjunto organizado de microorganismos que “han decidido” trasladarse juntos.

Una sabiduría incomprensible

Contemplar los acontecimientos desde ese marco teórico arroja nueva luz sobre fenómenos “extraños” que constituyen paradigmas difíciles de interpretar de otra manera. En otra ocasión escribimos:

Pensábamos que una colonia de bacterias funcionaba, simplemente, como una agrupación de microbios, pero (tal como lo exponen con elocuencia Eshel Ben Jacob, Yoash Shapira y Alfred Tauber en *Smart Bacteria*) en una pequeña mancha de muy pocos centímetros una cantidad de bacterias (mayor que el número de seres humanos que habitan la Tierra) se constituye como un verdadero organismo superbacteriano sensible en su relación con el entorno. Se trata de un organismo cuyos integrantes procariotas se comunican entre sí y desempeñan las distintas funciones que

lo conforman. [...] Los seres humanos convivimos en ciudades de una manera similar y compleja. Nuestras comunicaciones han ido creciendo hasta construir una internet cuyo ejercicio funcional, tal como sucede en un cerebro, es presidido alternativamente por distintos conjuntos de sus integrantes, por distintos nodos que adquieren preeminencias transitorias.

Una multitud de fenómenos conocidos desde antiguo, que no pueden explicarse por obra de una selección natural, como la fecundación de algunas flores con la interesada colaboración de ciertos insectos o de pájaros, conducía hacia una interpretación en términos de una inteligencia ecosistémica que, desde la ciencia, no nos sentíamos en condiciones de asumir.

Agreguemos que Robert Sapolsky, profesor de ciencias biológicas y de neurología en la Stanford Medical School, señala (en *Mind, Life and Universe*, de Lynn Margulis y Eduardo Punset) que no debe ser casual que el virus de la rabia, cuando infecta al perro, lo conduzca a morder, ya que el virus se acumula en la saliva, desde donde se propaga cuando es inoculado mediante la mordedura.

Abonando la idea de que no se trata de un fenómeno casual ni un episodio aislado, cita

también el caso de la toxoplasmosis, cuyo agente, el toxoplasma, tiene por objetivo trasladarse desde el lugar en que habita transitoriamente, dentro de la rata, hasta el estómago del gato.

Es bien conocido que a las ratas les desagrada fuertemente el olor del gato y cuando lo huelen se alejan, pero cuando el toxoplasma afecta su cerebro, súbitamente aman ese olor, abandonan su fobia y se aproximan a él. El resto de las funciones de la rata no son afectadas por el toxoplasma invasor, sólo “reajusta” el cerebro del roedor para facilitar que el gato se lo coma, ya que de ese modo el parásito logrará su objetivo.

Por otra parte, reparemos en que (tal como lo describimos en los capítulos 4, 5, 6 y 7 de *La peste en la colmena. Utopías y distopías en la red*) los seres humanos vivimos inmersos en un mundo “plagado” de acontecimientos cuya influencia forma parte del existir de la humanidad en una especie de “colmena”.

¿A qué llamamos complejo?

Creo que fue Henri Poincaré el pionero que, contemplando las modificaciones que producía en la

órbita de la Tierra “un tercer cuerpo”, la Luna, puso en crisis la idea de una “causalidad lineal”, introducida por Newton (en la cual una causa magna permite explicar el efecto). Si fue así, Poincaré “inauguraba” lo que hoy se denomina *teorías de la complejidad*. Si plexo (complejo deriva de complejo) es algo muy intrincado (a lo cual no se le divisa “la punta”), no cabe duda de que “perplejo” (hiperperplejo) es el colmo de la complejidad, y que denominamos complejo a un fenómeno que nos deja perplejos.

Tal vez fue por eso, y porque la consciencia del complejo de Edipo produce un conflicto insoluble, que Freud se decidió a no disminuir su significancia limitándose a utilizar ese “nombre” (que señala un conjunto de representaciones que se reactivan juntas) sólo para ese único “asunto” que denominó nodular. Recordemos el desconcierto en el cual Freud se debate (en *El sepultamiento del complejo de Edipo*) cuando intenta concebir el destino del complejo de Edipo.

¿Por qué las dificultades arrecian?

Las dificultades no sólo “surgen”, en forma imprevisible, por obra de la complejidad (a la cual suele aludirse con la expresión “efecto mariposa”) o de la intervención

de un caos que, tal como sostiene Ilya Prigogine, rebelándose contra la segunda ley de la termodinámica, puede evolucionar de manera sorpresiva hacia un orden nuevo y diferente, y cuya esencia consiste en trascurrir “en el borde” de un equilibrio inestable.

Somos *personas* (como una “especie de máscara” que muta en cada relación y que solemos definir como un inexistente “promedio”). Porchia lo dice así: “De uno solo no hay nada. Ni la soledad”. O también: “Uno no se encuentra nunca como yo, como uno. Se encuentra como cosas, como personas, como tiempo”.

Nos “conformamos” en una interrelación compleja de la cual comprendemos una ínfima parte. Integramos una familia, un vecindario, un pueblo, una raza y una nación. Somos humanos y formamos parte de una biósfera y de un ecosistema. Pero también estamos hechos de billones de células, cada una de las cuales vive constituida por muchos miles de bacterias. ¿Ha de sorprendernos, entonces, que nuestros sinsabores sean parte de un equilibrio que trasciende la pequeñez de nuestros intereses cotidianos?

La relatividad del yo

De cuanto llevamos dicho (y especialmente en cuanto constituimos una especie de “colonia”

microbiana), surge, en el territorio de “lo menos pensado”, que aquello que llamamos, en primera instancia, la relatividad del *yo* (como pronombre personal) de pronto se nos “presenta”, más allá de una merma, desde otro punto de vista, como un inesperado regalo que una nueva humildad nos ofrece.

No sólo se trata de llegar a comprender que nadie “me quita lo bailado”. Se trata, también, de que la sabiduría de Epicuro se nos ha hecho carne. Epicuro hablaba de la muerte. Es imposible que me alcance, decía, porque si estoy vivo no lo ha logrado, y si he muerto no me puede matar ni estoy para sufrirla. Pero su significancia vale para todo daño, porque el dolor recordado nunca alcanza la fuerza del dolor presente, y el dolor futuro cumplirá el mismo destino que el dolor que hoy recuerdo. La sabiduría popular lo dice de una manera burda: “Siempre que llovió, paró”.

¿Relativo o ilusorio?

Un *yo* ilusorio, entonces. Pero es necesario reconocer que hay un mundo en el cual aquello que no existe está “a su manera”. Sucede como con las brujas; suele decirse que “las brujas no existen, pero que las hay, las hay”.

La cuestión reside, pues, en un interrogante clave: ¿en qué mundo vivimos cada uno de nosotros, quiera o no, y por su cuenta y riesgo? Porque la conclusión es clara. En ese tipo de mundo, en donde existen las brujas, todo lo que podemos imaginar existe, y dado que sabemos que tales fantasías se acompañan de efectos “materiales” en el mundo que llamamos real, no podemos negar su inexorable y “peligrosa” significancia.

Inevitablemente, se introduce la cuestión del consenso, porque, si es cierto que la tragedia de un loco consiste en que un cuerdo no lo comprende, pero otro loco tampoco, las palabras de Bion, cuando señala que la diferencia entre un genio y un loco reside en la cantidad de personas que cada uno de ellos logra convencer, conmueven con una fuerza inquietante.

Si volvemos a la idea (configurada en la hipótesis colmena) de que la inteligencia de la humanidad (del hormiguero humano) escapa inexorablemente a la comprensión de una persona aislada, aunque se trate de un genio, llegamos a la conclusión de que el progreso de la humanidad, en su conjunto, dependerá de *una mutación “transindividual” de la consciencia humana*.

Se trata de una idea que impregna el libro *Origen y presente*, de Jean Gebser, y dada su solvencia, la

magnitud de su cultura y las numerosas disciplinas que incluye, su lectura configura un inmejorable paradigma de lo que aquí decimos.

Por otra parte, lo que afirmamos nada tiene de extraño, porque si contemplamos lo que registra la historia, y aunque solemos atribuir el progreso a contribuciones personales geniales, los descubrimientos ocurren cuando, generadas por hallazgos previos, surgieron las condiciones necesarias para que se produzcan. Es muy frecuente, además, que un mismo descubrimiento se dé en una época y provenga, simultáneamente, de más de un autor (como en el caso famoso de Darwin y Wallace).

Es precisamente ese punto de vista que opera de un modo inconsciente y de manera colectiva como una opinión pública vigente e ineludiblemente determinante, *que la hipótesis colmena descubre* y que se revela fructífero, el que nos condujo a señalar que, contemplados desde su impactante falta de humildad, las “figuras” de Edipo, Prometeo y Narciso nos resultan patéticas en su “infantil” arrogancia.

Recordemos la forma en que lo expresa Antonio Porchia (en *Voces*): “Y si eres alguien en lo que es el todo, eres alguien de lo que es el todo y en lo que es el todo, no alguien de lo que eres tú y en lo que eres tú. De lo que eres tú y en lo que eres tú no eres nadie en lo que es el todo. No existes”.

UTOPIÁS Y DISTOPIÁS EN LA RED

“Nada extraordinario
llega a la vida de los hombres
separado de las desgracias”.
SÓFOCLES

El descubrimiento de un mundo

Retomaremos ahora, en una versión resumida a lo esencial y con algunos agregados, lo escrito en los últimos capítulos de un libro anterior (*La peste en la colmena. Utopías y distopías en la red*).

Tal como lo consigna uno de los más prolíficos investigadores en el tema de las redes, Albert Laszló Barabási (en su espléndido libro *Linked the New Science of Networks*), surgió la idea de que los vínculos entre las personas constituyen una especie de entretejido comparable a una red.

Sabíamos que el hecho de que una persona tenga dos grandes amigos, formando un triángulo (que “reedita” el edípico), no significaba necesariamente

que esos dos amigos se relacionaran entre sí con el mismo grado de amistad. También sabíamos que cada persona podía constituirse en un “nudo” en donde confluyeran múltiples vínculos. Pero la primera inclinación del ánimo indujo a pensar que el azar llevaría a una distribución “homogénea” de los distintos “hilos” entre todos los integrantes de un tejido social, y allí nos encontramos con una sorpresa que deshizo lo que más tarde se llamó “una utopía de igualdad”.

Inesperadamente, se llegó a descubrir lo hoy se denomina, de manera abreviada, la ley de los seis grados. Entre los siete mil millones de habitantes del planeta, ninguno de ellos (exceptuando muy pocos casos excepcionales) permanecía “separado”, por más de seis personas, de haber tenido un contacto “en presencia” con cualquier otra elegida en el conjunto de la población mundial. ¿Cómo podía ser que ocurriera de ese modo?

Sucedía gracias a que, dentro de la red, algunos de sus “nodos” de confluencia poseían la cualidad de estar relacionados con un gran número de participantes. Tales “conectores” con múltiples ingresos se designaron como *hubs* (y así funcionan en las “redes sociales” quienes se denominan *influencers*).

Los *hubs* permiten un grado de comunicación, entre los integrantes de la red, mayor que el que

puede otorgarles una distribución homogénea. Se trata de una especie de “permeabilidad” en el traslado de la información, que suele denominarse percolación. Esa particular condición de algunas redes espontáneas, dotadas del apego preferencial que acumulan los *hubs*, permitió comprobar que en las redes que despiertan nuestro mayor interés por su importancia funcional y la ubicuidad de su presencia no predominaba la distribución homogénea de los vínculos, como se supuso al principio. Cabe señalar que, precisamente, a partir de esa generalizada suposición compartida, la expresión “qué mundo pequeño”, con la cual reaccionamos, a veces, frente a un inesperado encuentro, cobra sentido.

Propiedades emergentes de las redes

Nuevos hallazgos permitieron establecer importantes conclusiones. Mencionemos, por ejemplo, la ley 80/20, que rige en nexos tan diversos como el comercio internacional, las crisis de un foco neuronal epiléptico, el trayecto de los caminos que vinculan ciudades o las citas bibliográficas de los trabajos científicos. Si nos conformamos con la simplificación de un esquema, el 80% de las arvejas surge del 20% de las vainas, el 80% del territorio italiano pertenece al 20% de su población,

el 80% de los beneficios de una empresa es producido por el 20% de sus empleados, mientras que el 80% de los reclamos surge del 20% de sus clientes, el 80% de las decisiones asumidas por un comité ejecutivo ocurre en un 20% del tiempo destinado a las reuniones, el 80% de los crímenes es cometido por el 20% de los criminales. Y la lista se torna interminable.

Los *hubs* “crecen” en su cualidad de preferidos. Su “lucha competitiva” no sólo depende de lo que cada uno “hizo”, sino también de lo que cada uno “hace”. Su popularidad constituye una fuente de popularidad. Así como los ricos aumentan su riqueza y los pobres, su pobreza, separando rápidamente vencedores en un mundo de muchos perdedores, las palabras que más utilizamos son aquellas que tendemos a utilizar cada vez más.

Las redes generan una familia, un grupo de pertenencia y relaciones de amistad entre un conjunto de personas. También funcionan en diversos territorios, en la trama ecológica del planeta o en la impresionante existencia de una creciente y autogestante internet. Tales redes, muchas veces fractales, se encuentran, además, en otros sectores: en el comercio internacional, el crimen organizado, la distribución eléctrica de las ciudades o cosas tan diversas como las citas bibliográficas de una

contribución científica, la organización neuronal del cerebro y las disritmias epilépticas. Pero también en estructuras como el ciclo metabólico de la adenosinatrifosfato, la construcción de proteínas en el plasma genético, la sincronización del período menstrual en un grupo de mujeres que viven juntas, el conjunto de luciérnagas que se iluminan al unísono, las células del sincitio muscular cardíaco que laten con el mismo ritmo, el modo en que el contagio se difunde en una epidemia, cómo se distribuye el “sexo libre” en el seno de una sociedad, o el desarrollo de un lenguaje que se establece en diferentes idiomas.

Una circunstancia que merece un comentario aparte, a la cual Gustavo Chiozza le ha dedicado un espléndido y lúcido libro (*¿Por qué la gente fuma?*), consiste en la búsqueda insalubre de la salud a través, por ejemplo, de regímenes “naturistas” que son antinaturales.

Algunas redes, modulares, integran subrutinas a la manera de las muñecas rusas. Hay redes, redundantes, que adquieren una cierta robustez; otras toman una virulencia que “las vuelve virales”.

¿En todo hay redes? Sí, pero no sólo redes. También son importantes, por ejemplo, las relaciones entre el orden y el caos.

Una tela sin araña

La historia (tanto sea de la evolución del planeta como de la civilización humana) está llena de episodios que testimonian esta susceptibilidad de las redes que nos enfrenta, muchas veces, con la conmovedora experiencia de que los sistemas que tardan mucho o muchísimo tiempo en constituirse desaparecen con gran rapidez. Más allá de las numerosas epidemias que, asociadas con microorganismos patógenos, asolaron a la civilización humana en muy distintas épocas, podemos mencionar dos significativos ejemplos. Uno lo encontramos en las postrimerías del período Pérmico, hace unos 250 millones de años, cuando el 90% de las especies marinas y el 70% de las terrestres que configuraban la biosfera desaparecieron. El otro ejemplo lo constituyen las contaminaciones con virus informáticos que, con inusitada frecuencia, llegaron a paralizar el funcionamiento de actividades esenciales, como las instituciones bancarias o los sistemas de distribución de la energía eléctrica en ciudades enteras.

Existen redes sin un *hub* principal, cuya remoción las destruiría. También se ha dicho que la “piel” de algunas se constituye con muchos miles de sensores en continuo desarrollo, provistos de múltiples dispositivos “telemétricos”, y que la identificación de

una red sólo representa el “esqueleto” de la complejidad que la conforma.

Alexa, un “cerebro” creado por Amazon en la nube, incorpora por sí sola cien billones de páginas web y acumula unos cien terabytes de información, superando en cinco veces la cantidad de datos conservados en la Librería del Congreso de los Estados Unidos. Mientras tanto, no menos de un 60% de la información que posee la web permanece oculta, inaccesible para los dispositivos de búsqueda. Los conocimientos de la web nos apabullan con frecuencia. Cuando internet responde, muchas veces ignoramos de dónde viene la respuesta, así como no sabemos de qué parte de nosotros mismos proviene el conocimiento que nos permite reconocer una letra.

Se trata de una “jungla” independiente que la vida ha desarrollado hace tres billones de años. Las células que viven aisladas o conformando un organismo pluricelular, el ADN de sus núcleos y las mitocondrias que se alojan en su citoplasma son, todos ellos, seres que, viviendo unos dentro de otros, como las muñecas rusas, o desarrollándose como existentes modulares que se ordenan de una manera arborescente, se vinculan conformando una red fractal con múltiples intersecciones. No siempre armonizan entre sí, porque su comunicación es

un contagio que a veces funciona como un parásito malsano que infecta nuestra vida, y en otras oportunidades, como sucede en la mente de un niño con el lenguaje que el entorno habla, la impregnación de ese contagio florece en la adquisición de una destreza.

Una red como la web nos enfrenta con la impresionante condición de que su crecimiento “exponencial” es asombrosamente gigantesco con respecto, por ejemplo, al crecimiento del cerebro humano. Presenta, además, la característica de ser autopoietica, es decir que se construye por sí sola. Cabe agregar que su autopoiesis ha llevado a representarla mediante una idea acerca de la cual se discute si es algo más que una metáfora, sosteniendo que se ha “despertado” hacia una consciencia de sí misma que le proporciona una “vida propia”, autorreferente, que nadie controla, y dotada de la capacidad de computar.

Barabási se refiere a ella con una expresión hermosa: “La tela sin araña”, porque, aunque la conforman algunas jerarquías, allí no existe un ejecutante principal, como no existe en una colmena. Efectivamente es así. Hoy sabemos que la reina no gobierna la colmena. También sabemos que los seres humanos no podemos entender hacia dónde nos dirige la inteligencia “geológica y biológica” del

ecosistema. Sin embargo, se nos ha despertado la consciencia de que esa inteligencia existe, y queremos acercarnos, poco a poco, con renovado empeño, a comprender mejor.

El dilema de las redes sociales

En Estados Unidos, en febrero de 2015 se estrenó *El dilema de las redes sociales* (*The Social Dilemma*), que comienza con una frase de Sófocles: “Nada extraordinario llega a la vida de los hombres separado de las desgracias”.

No cabe duda de que las redes (y no sólo las “sociales”) constituyen un bien maravilloso que, con ribetes de magia, alivia las dificultades de nuestra vida cotidiana disminuyendo trabajos y anulando distancias espaciales, y que eso se manifiesta muchas veces “acortando” los tiempos. Pero tampoco cabe duda, como lo muestra la película que comentamos, de que su existencia nos llena de aprensión. Los autores del filme nos comunican que la tecnología de los procesadores, y con ella la eficacia persuasiva de las redes, ha multiplicado su poder tres mil millones de veces, en un mundo y en un tiempo en el que el automóvil sólo ha duplicado su velocidad, mientras que el cerebro humano ha crecido en su desarrollo (neuronal y cultural) en

una proporción tan inmensamente menor que ni siquiera puede compararse.

Como resultado de las investigaciones realizadas acerca de la relación entre la salud mental y las redes sociales, se sostiene que decenas de millones de estadounidenses son adictos a sus dispositivos electrónicos. Hay dos industrias que llaman a sus clientes *usuarios*: la de las drogas ilegales y la del software. El verdadero cliente es un tercero, “infiltrado” entre el usuario y la red. El producto vendido es, en realidad, el usuario. La importancia que el procedimiento adquiere para el verdadero cliente se puede “medir” por los miles de millones que ganan quienes construyen la red.

Los ignorados e incontrolables perjuicios

Entre las características de las redes sociales que los testimonios que surgen de este filme imperdible destacan, sobresalen algunas que producen escalofríos. Los importantes y crecientes perjuicios que generan son incontrolables e ignorados, porque, entre otros motivos, en su enorme mayoría suceden en forma subliminal.

El verdadero peligro reside en su actividad seductora. Se trata de una actividad que opera sobre el tallo cerebral, “implantando” hábitos que funcionan

como automatismos inconscientes y estimulando la secreción de dopamina, un neurotransmisor relacionado con el placer, la alegría y el bienestar. Las investigaciones han demostrado que una rata a la que se le otorgaba acceso a una palanca que liberaba dopamina en su cerebro moría de inanición sin hacer otra cosa que continuar apretando esa palanca.

Las redes siguen creciendo. Su eficacia no tiene límites. Aprenden solas y son “autogestantes”, y lo son hasta un punto que conduce a sostener que afirmar que tienen vida propia es algo más que una metáfora. Menos de diez personas en el mundo entienden bien cómo funcionan, pero no “tan bien” como para poder controlar su desarrollo, de modo que nadie sabe hasta dónde llegarán.

Físicamente, “habitan” en sótanos o en depósitos submarinos de dimensiones impresionantes, llenos de computadoras interconectadas. Recordemos que el tiempo de las computadoras se mide en nanosegundos, de modo que, en el intervalo transcurrido entre presionar dos letras del teclado, su procesador central (CPU) podría atender a miles de usuarios, sin perturbación alguna.

Un nanosegundo es la milmillonésima parte de un segundo. Es el tiempo que tarda la luz (a casi 300.000 kilómetros por segundo) en recorrer 30 centímetros, y hay tantos nanosegundos en un

segundo como el número de segundos que hay en treinta años.

No son “herramientas” pasivas, como, por ejemplo, una bicicleta. Reparemos en que nunca fue necesario decir que las bicicletas arruinaban a la gente o separaban a los padres de sus hijos. En el mundo de la informática, operan herramientas activas que (¡como el teléfono celular!) nos producen efectos impensados. Sencillamente, nos ignoran, y desde el momento en que “cambian solas” nuestros intereses ya no son los suyos.

Entre las tantas recomendaciones que han servido muy poco, hay una que, más allá de la eficacia que realmente logre, posee la ventaja de enfrentarnos con una de las indudables raíces del problema. Nos propone aumentar las conversaciones, sueltas y espontáneas, subrayando la importancia que poseen los encuentros con personas que nos otorgan la realidad de su presencia física.

Tanto el creador de la cibernética, Norbert Wiener (en *Dios y Golem S.A.*), como Joseph Weizenbaum (en *La frontera entre el ordenador y la mente*) han señalado con elocuencia que la inteligencia artificial de un robot no puede comprender, desde un cerebro, lo que es un dolor de oído si carece de un oído que le haya dolido. Para comprender el significado del lenguaje humano, debería estar

materialmente conformado, de manera idéntica y completa, por un cuerpo humano.

¿Por culpa de quién?

Además de las importantes consideraciones que surgen de lo que James Lovelock plantea acerca de Gaia, nuestro planeta vivo, vale la pena recorrer un espléndido documental distribuido por Netflix, titulado *Una vida en nuestro planeta*. No sólo por la riqueza de su contenido, expresado con singular belleza, sino también porque nos comunica, de manera conmovedora, el punto crítico a que ha llegado, en los últimos cincuenta años, la velocidad creciente con la que ocurren los cambios que hoy desequilibran el ecosistema. Es un filme dirigido por Alastair Fothergill, Johnnie Hughes (su productor) y Keith Scholey, que constituye una declaración testimonial de David Attenborough, el insigne naturalista británico, ampliamente conocido por sus numerosos y valiosísimos aportes al esclarecimiento del tema.

Justin Rosenstein (en *El dilema de las redes sociales*) nos conmueve cuando nos invita a pensar en la belleza de una ballena o de un árbol existiendo en el mundo natural que lo rodea, y nos recuerda que el valor en el mercado, de esa misma ballena o de ese árbol, si se lo compara con el que adquieren

luego de ser muertos y procesados por el ingenio humano, es muchísimo menor. Los perjuicios que estamos sufriendo se agravan por nuestra demora en comprender que, más allá de nuestras injurias al ecosistema, hoy los seres humanos, como las ballenas y los árboles, somos procesados, junto con nuestros hijos, sin que nos demos cuenta. Porque una persona “procesada”, seducida y adicta se convierte en un usuario, en un nodo de utilidad en la red, con un valor de mercado que supera el que alcanza un niño o un adulto que conservan su salud.

Surge, entonces, la inevitable pregunta: ¿quién tiene la culpa? Más allá de esos banales intentos de “colocar” la culpa (que se parecen al diálogo del juego infantil El gran bonete: “¿Yo, señor?”; “sí, señor”; “no, señor”; “pues, entonces, ¿quién lo tiene?”), Rosenstein afirma: “Sólo si logramos entender saldremos de esto”.

Durante todo el trascurso de *El dilema de las redes sociales*, la culpa que “se echa” va y viene, pero, exceptuando la penumbra de una oscura conciencia que opera en algunos de los expositores conceptuales del filme (en su mayoría, los artífices iniciales de la inteligencia artificial) y que se resume en la frase de Rosenstein que citamos, predominan dos grandes “culpables”: la insensibilidad del mercado y la ausencia del Estado.

Sin embargo, debemos reconocer que la cuestión no se presenta muy sencilla, porque cuando las cosas que deberían suceder no suceden no basta con desear que se produzcan: es necesario comprender con claridad qué las detiene.

El planeta prohibido

En otra gran película, titulada *El planeta prohibido* (*Forbidden Planet*) y dirigida por Fred M. Wilcox, con Walter Pidgeon en su papel principal, un clásico de ciencia ficción, se nos presenta un drama que nos interesa comentar aquí.

Se trata de una expedición espacial, emprendida en el siglo XXIII, que se dirige al planeta Altair 4, con la misión de averiguar el destino de los miembros de una colonia de la que no se tienen noticias recientes. Llegando al planeta de destino, se recibe un extraño mensaje. El filólogo Edward Moebius (Walter Pidgeon), a cargo de la colonia, les comunica, de manera seca y escueta, que no necesitan ninguna ayuda y les solicita que emprendan el regreso sin descender en el planeta.

Dado que el comandante insiste en que cumplirá de todos modos con las órdenes que ha recibido, Moebius le ruega que no descienda y le aclara que un monstruo feroz e invencible, que sólo pudieron

entrever apenas, ha diezmado a la colonia, destruyendo a todos sus habitantes humanos hasta el punto en que sólo logró sobrevivir con su hija, gracias a que la terrible fiera se retiró saciada. Teme, ahora, que el descenso de la nave la despierte otra vez. El comandante, John Adams, sin embargo, desciende.

En el planeta los recibe Robbie, un robot humanoide que asiste a Moebius y a su hija, materializando sus alimentos, sus bebidas y todo cuanto necesiten o deseen. Ya en la residencia de Moebius, Adams y dos de sus tripulantes son muy bien recibidos en ese lugar paradisíaco en donde también conocen a Altaira (Anne Francis), la hija de Moebius, una joven virginal y atractiva, sexy y cándida.

Moebius, comportándose como un anfitrión amable y generoso, comparte con ellos sus conocimientos acerca del planeta Altair 4 y acerca de los krell, una civilización poderosa, misteriosamente desaparecida, que ha dejado numerosos testimonios de su extraordinaria inteligencia, junto con espléndidas ciudades que se mantienen a sí mismas en perfecto estado. Altaira, enormemente interesada y seducida por la presencia de los visitantes, satisface una parte de su curiosidad besando a uno de los lugartenientes de John, que, desde ese momento, se enamora de ella. A la mañana siguiente, aparecen algunos indicios que conducen a sospechar que

alguien o algo han entrado en la nave, y el comandante decide trazar un perímetro electrificado que la proteja de cualquier intrusión.

Del paraíso al infierno

Vemos que las conversaciones del comandante y sus lugartenientes con Moebius, llenas de datos, conocimientos fascinantes e intrigas, transcurren en un ambiente amable y confortable. El contacto con la frescura y el cálido interés de Altaira también forma parte de un entorno que los envuelve dentro de esa atmósfera paradisíaca. Reciben, además, la atención solícita de Robbie, el humanoide poderoso y dócil. Pero en los integrantes de la tripulación se percibe claramente un clima de desasosiego e inquietud.

Entre las majestuosas e incomprensibles estructuras de una ciudad fantasma que se mantiene impecable e inmune atravesando milenios, hay dos que han adquirido un lugar protagónico en las meditaciones de Moebius.

Una de esas “máquinas” es una enorme estructura cibernética, en complejidad y en tamaño, cargada con una inmensa cantidad de voltios. Cuida de sí misma y tiene a su cargo una tarea cuyo proceder constituye un misterio para el intelecto humano: conservar la ciudad impoluta revirtiendo el

deterioro que ocasiona el tiempo. Nada tiene de extraño que posea, entonces, la capacidad de materializar, como Robbie, lo que los habitantes de la ciudad soliciten.

La otra es una máquina de dimensiones menores. Con electrodos que se conectan en la superficie del cráneo, mide el cociente intelectual utilizando procedimientos ignotos para nuestra condición humana. Todos los integrantes del grupo que en ese momento la contemplan poseen cocientes intelectuales elevados, pero Moebius aclara que el funcionamiento del cerebro humano “apenas mueve la aguja que señala lo que la máquina mide”. Si bien es cierto que la inteligencia del que la utiliza crece de manera sustancial, el procedimiento lleva implícito un grave peligro, que podría consistir en un deterioro mental irreversible o, incluso, en la muerte. Moebius lo realizó una sola vez, y aunque su inteligencia mejoró de un modo notable, fue al precio de permanecer durante un tiempo descompuesto, inconsciente y confuso. Nunca más quiso repetirlo.

El comandante, profundamente intrigado por la civilización de los krell y el misterio de la desaparición de la colonia, simpatiza cada vez más en sus conversaciones con Altaira. Ella, repitiendo la experiencia anterior, lo besa, y él, como le sucedió a su lugarteniente, se enamora, pero esta vez todo

induce a suponer que se trata de un amor correspondido, y John se propone hablar con su oficial acerca de la situación que se ha creado. Mientras tanto, vemos que los escalones que dan acceso a la nave se van hundiendo sucesivamente, como si una criatura pesada e invisible estuviera subiendo. Al día siguiente, es necesario enfrentarse con el hecho, infausto, de que un tripulante ha muerto. Eso los llena de un temor hacia algo que no se sabe desde dónde viene, y deciden reforzar la valla que rodea al navío.

El encuentro con la bestia

Mientras la atracción mutua y el amor entre John y Altaira progresa y, frente a los acontecimientos incontrolados y terribles, crece la angustia de todos, otro de los lugartenientes, el ingeniero de la nave, comienza a pensar en correr el riesgo de conectarse, en secreto y por su cuenta, con la máquina que podría, tal vez, aumentar su inteligencia, permitiéndole averiguar lo que sucede.

Otro día transcurre, y esa noche, junto al refuerzo de la valla, la tripulación decide permanecer en vigilia, pertrechada con armas poderosas que, de manera eficaz e instantánea, desintegran la materia. Y la bestia gigantesca, invisible, se presenta.

Sólo se la divisa fugazmente cuando en contacto con la enorme energía de la valla, o frente al fuego intenso de las armas, parece disolverse para volver enardecida. En la violenta batalla, el lugarteniente enamorado, el rival de John en el amor de Altaira, desaparece “devorado” por la fiera, como si se hubiese evaporado.

De pronto, todo cesa. John, aprensivo, reflexiona: “Parece como si, una vez destruido por la enorme energía con que lo atacamos, nuevamente renaciera. No lo hemos derrotado. Creo que ha decidido no insistir”.

Al día siguiente, en un clima de angustia compartido, el ingeniero se decide por fin, heroicamente. Lo encontrarán moribundo, pero antes de morir explica que la gigantesca maquinaria de los krell se dedica a la creación de la materia. La instrucción inicial, que constituye el núcleo a partir del cual se desarrolló la inteligencia artificial que la conforma, consiste en materializar los deseos de los habitantes de la ciudad en donde reside Moebius desde hace muchos años.

Es obvio que la única posibilidad que evita que la máquina se bloquee frente a la llegada de instrucciones contradictorias radica en que, dado ese caso, se limite a cumplir únicamente los deseos que predominan en el conjunto para el cual el ingenio

cibernético funciona. El punto crucial, sin embargo, que explica la desaparición de los krell consiste en que la máquina, yendo más allá de las intenciones con las que fuera creada, no sólo se ocupa de los propósitos que habitan la consciencia, sino que también computa los deseos inconscientes que permanecen reprimidos.

El resto de la explicación se desenvuelve lentamente, entre la incredulidad y una certeza que los deja atónitos y despavoridos, conformando un conjunto humano conmovido.

La verdad se abre paso ante el horror de Moebius. La intensidad de su ligamen erótico, coartado en la realización material de un acto sexual incestuoso con su hija Altaira, pero satisfecho en la intensidad de un vínculo afectivo cotidiano y exclusivo (dado que en la convivencia “paradisíaca” de los últimos años no existía un tercero), despertó en él, con la llegada de la nave, los celos temibles que, progresivamente, se hicieron cada vez más intensos, a medida que su hija se aproximaba a otros hombres. Logró reprimirlos, pero cuando Moebius soñaba, sin reparos, lo que despierto olvidaba, la máquina de los krell hacía lo que Moebius en su vida de vigilia omitía.

De allí surgieron los monstruos que diezmaron otra a toda la colonia, y por qué saciados desaparecieron.

Se comprende también por qué Moebius temía que, con el descenso de la nave, volvieran.

La contaminación del planeta “colonizado” por los monstruos temidos, que ya una vez, en los tiempos de los krell, lo habían infectado, surgía de una peste, jamás erradicada, que yacía acantonada en un oscuro rincón del corazón humano, desde los tiempos remotos en que existía en Egipto la ciudad de Tebas. Un drama sempiterno que, como la única cara de la cinta que otorgó su nombre al protagonista del filme, será recorrido de manera infinita sin encontrar su fin. Moebius, incapaz de soportar el peso enorme de su cualidad de múltiple asesino, se condenó a sí mismo a desaparecer junto con el planeta en donde permanecía la estructura funesta que dejaron los krell, logrando que su hija partiera en la nave que comandaba John.

La peste de Tebas

Los monstruos que la máquina de los krell materializaba, y que surgían del inconsciente de Moebius, nos conducen hacia el complejo de Edipo que Freud descubrió durante el análisis de sus propios sueños y denominó a partir de una antigua leyenda de Sófocles. Allí, en ese relato, el parricidio y la consumación material del incesto, que se develan

paulatinamente de una manera intrigante y dramática, aparecen como las raíces de una plaga que se difunde en la ciudad de Tebas. Agreguemos que el psicoanálisis conduce a sostener que ambos, parricidio e incesto, se encuentran en el origen de todo aquello que constituye lo que denominamos “suspense” y de todo, absolutamente todo, lo que denominamos “drama”.

Si recorremos la historia de Edipo, encontramos, en primer lugar, que hay alguien extrahumano que juzga, sentencia y determina, con pleno conocimiento de todo lo que ya ha ocurrido, y que dispone de un reticente “vocero”, el oráculo.

En segundo lugar, que los seres humanos, obligados a cumplir con un destino inevitable, son, al mismo tiempo, preservados de conocerlo por completo, dado que el “trasfondo” se les suministra con predicciones del oráculo que deben ser interpretadas o mediante las frases ambiguas de ciertos mensajeros. Uno es Tiresias, dotado de una clarividencia que adquiere perdiendo el ejercicio habitual de su percepción visual, y cuya ceguera Edipo, por fin, elegirá. Los otros, muy pocos, son testigos que sólo han presenciado algunos episodios de la trama entera y que, aterrorizados, al principio prefieren callar.

En tercer lugar, que el crimen que se manifiesta primero, el asesinato de Layo, el que origina en la

leyenda la búsqueda de un culpable, es el que ha conducido a descubrir años después (mediante el análisis de los sueños en donde mueren personas queridas) el parricidio edípico inconsciente, que será considerado, desde el psicoanálisis, como la raíz de todo asesinato materialmente realizado. En la leyenda, sólo la indagación de lo que ha sucedido con Layo progresa, y poco a poco, atravesando el horror, se llega luego al nauseabundo crimen, el incesto.

En cuarto lugar, por fin, que la aparición de la peste, que se trasmite y se contagia como algo “pegadizo”, hoy nos remite a la idea de que existe siempre un cómplice “interior”. Un cómplice que a veces denominamos “culpa” y otras, que la psicosomatología estudia en cuerpo y alma, designamos como “susceptibilidad”. Reparemos en que, de la misma manera en que se contagia la peste, a través del contacto, se contagia el tabú, porque, tal como nos recuerda Freud (en *Tótem y tabú*), “aquellos que tienen la desgracia de violar una de tales prohibiciones se convierten, a su vez, en prohibidos e interdictos, como si hubiesen recibido la totalidad de la carga peligrosa”.

¿De dónde proviene esa fuerza destructiva, propia de los poderes del diablo, que constituye, al mismo tiempo que un peligro, una tentación? Tal

como lo sostuvimos en *Ser o no ser “como la gente”*. *Acerca de la enfermedad y la maldad*, debido a la endeblez (neoténica) con la que iniciamos nuestra vida posnatal (abierta a las transformaciones que otorga el aprendizaje), mientras requeríamos una imprescindible asistencia necesitábamos ponernos a cubierto de lo que entonces no lográbamos asimilar. De modo que nuestros ideales, que se tejen sobre un modelo que se constituye como una contrafigura de nuestras carencias, y que configuran el territorio de lo sagrado, serán nuestros ángeles o nuestros demonios, según cual sea nuestra capacidad.

Aclaremos que esos ideales, en los cuales lo que deseamos y lo que tememos confluyen, no sólo se configuran con lo que se percibe en el mundo, sino que además, ante todo, funcionan como tales las disposiciones que heredamos con los genes y que nos conducen hacia nuestras primeras materializaciones. En *Cáncer. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?*, señalamos que en algunas circunstancias (cuando fracasa lo que *la vida de uno* proyecta materializar, “en uno mismo”, como un destino personal saludable) el psicofísico sistema inmunitario de una persona actualmente “resentida” con su vida elige, a veces, volverse permisivo. Se solidariza, entonces, muy lejos de la consciencia, con ciertos remanentes perdurables de proyectos “celulares” anárquicos

filogenéticos y anteriores al “estatuto de convivencia pluricelular” que nos constituye como seres humanos. Pero una parte importante del significado que acompaña al desarrollo de ese proyecto reactivado, que prolifera mediante divisiones asexuales que crecen en progresión geométrica, adquiere la representación inconsciente de un engendro que surge como producto de una actividad sexual hermafrodita.

En *Ser o no ser “como la gente”*. *Acerca de la enfermedad y la maldad*, nos ocupamos del pecado original que condujo a la expulsión del paraíso y de la desmoralización que, como una “peste”, hoy se difunde. Ambos temas, que nos vemos forzados a resumir, se relacionan estrechamente con la cuestión que abordamos ahora.

Recordemos lo que afirma William Blake (en *El matrimonio del cielo y el infierno*): “El deseo insatisfecho engendra pestilencias”. No cabe duda de que es ese deseo el que nos introduce en las vicisitudes de la tentación. Recordemos, también, lo que con humor Bateson pone en la boca de Adán: “Es un Dios cruel... nunca debí comer esa manzana”. Si nos identificamos con la curiosidad de un niño, surgen, de inmediato, innumerables preguntas. ¿Dónde estaba Dios mientras eso sucedía? ¿Miraba consternado la debilidad de su propia criatura? Hay dos

debilidades, la de Lucifer, el ángel caído, disfrazado de serpiente, y la del ser humano, dividido en dos sexos, que debían multiplicarse y crecer. Multiplicarse y crecer, sí, pero ¿cómo? La roja manzana es ofrecida por una Eva que, nacida de una costilla de Adán, es sangre de su propia sangre. Sus hijos, para multiplicarse, deberán ineludiblemente incurrir en el incesto fraterno.

Una falta es un acto indebido que nos genera una culpa, pero también es la concreta carencia de algo que necesitamos. ¿Por qué se mancomunan, en una misma palabra, esos dos significados? ¿Estamos constituidos por la necesidad ineludible de un acto que no debe ser? ¿Por qué moran, en los jardines del Edén, los poderes del diablo? Y, cuando decimos que una persona desanimada se ha “desmoralizado”, ¿por qué usamos un vocablo que, aludiendo a la pérdida de una conducta moral, liga el desánimo con la inmoralidad?

La encrucijada de los caminos de Tebas

Tal como se puede ver con claridad conmovedora en el filme *Edipo rey*, de Pier Paolo Pasolini, cuando Edipo, en la encrucijada de los caminos de Tebas, mata a Layo, lo ataca gritando por el terror que el encuentro le despierta. Layo, por otra parte,

ha procurado la muerte de Edipo intentando evitar que se produzca la predicción del oráculo de que ese hijo lo asesinaría. En esa encrucijada, que simboliza un desenlace alternativo que se presenta como una condición inevitable de la vida, ambos ingresan en la tragedia de que deben matar para evitar morir. ¿Podremos verlo como un prejuicio que en última instancia es evitable y que opera siempre de un modo destructivo, aunque no alcance la completa aniquilación de su rival? ¿Hasta dónde debería llegarse dentro de una posible rivalidad normal?

Es indudable que, cuando la cruda alternativa se presenta en el terreno de la alimentación, funciona con respecto al canibalismo una barrera que, desde hace mucho tiempo, es con muchísima frecuencia respetada, también en el ámbito de las convivencias animales. Lo menciono aquí, alejándome, aparentemente demasiado, del tema que estamos abordando, porque vivimos en una época en donde abundan vegetarianos y veganos. Y creo que sucede, precisamente, a partir del despertar de una nueva consciencia ecosistémica, que ha conducido a que haya quien afirme que, si se devoran seres vivos dotados de consciencia, matar para comer sólo se justifica cuando no se desperdicia la comida que se ha obtenido de ese modo. Tampoco cabe duda de que, cuando nos referimos al tema que la encrucijada de

los caminos de Tebas simboliza, ingresamos en un territorio distinto.

A partir de la tragedia edípica, que señala un conflicto que conduce a un crimen, es necesario indagar acerca del incesto para volver desde allí enriquecidos por la comprensión de algunos malentendidos que nos iluminan el dilema de la rivalidad. Cabe explorar la cuestión desde tres ángulos distintos: el contenido latente del horror al incesto, el falso privilegio del padre y el final del complejo de Edipo.

La prohibición del incesto

Tal como señalaron Ángel Garma y Mauricio Abadi en distintas ocasiones, si el parricidio y el incesto constituyen, en la leyenda de Sófocles, el drama que conscientemente se expresa, en su significado inconsciente se debe ocultar algo más. Freud también se pregunta qué es lo que se esconde detrás de la prohibición del incesto cuando, por otra parte, se constituye en obligatorio para los reyes de algunas civilizaciones adoradoras del sol, como la egipcia y la incaica.

Indagando en los orígenes del horror al incesto, sostiene (en *Tótem y tabú*) que “lo que la naturaleza misma prohíbe y castiga no tiene necesidad de ser prohibido y castigado por la ley” y, luego de un

largo periplo durante el cual ensaya diversos razonamientos, critica sus propias conclusiones y admite que, cuando creía poder elegir entre motivos sociológicos, biológicos y psicológicos, se ve obligado a suscribir la resignada confesión de Frazer, quien escribe: “Ignoramos el origen de la fobia al incesto y no sabemos siquiera en qué dirección debemos buscarlo. Ninguna de las soluciones propuestas hasta ahora nos parece satisfactoria”.

Investigando ese tema, sostuve en 1966 (en *El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer*) que el horror al incesto encubre el temor horripilante a la reactivación “regresiva” de un crecimiento actualmente anárquico, “deformado” y monstruoso. Proviene, más allá de lo “embrionario”, de una regresión celular filogenética. Ese temor inconsciente conduce hacia la fantasía, que se difunde sin el sustento que puede otorgarle la ciencia, de que los hijos engendrados en una relación incestuosa serán anormales.

Más tarde (en *El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo*) señalé que el conflicto entre padres e hijos surge de un malentendido que conduce a sostener que existe una injusticia que, en verdad, no se realiza, ya que el padre, cuando copula con la madre del niño, no trasgrede la prohibición del incesto. Podemos suponer, agregaba, que en un

primer momento, condicionado por una presunta dificultad para diferenciar entre dos roles distintos que puede desempeñar una mujer, el de madre y el de esposa, el hijo se “confunda”, y que, en un segundo momento, llevado por una presunta conveniencia, prefiera sostener la confusión.

Lo cierto es que, a partir de esa pretendida “injusticia”, suele incurrirse en otras, verdaderas y ubicuas, que (multiplicándose en un terreno que se aleja de la consumación material del incesto, para “batallarse” en el territorio constituido por todas aquellas situaciones que simbolizan el conflicto original) invaden el conjunto entero de la convivencia entre padres e hijos (entre empresarios y empleados, entre maestros y discípulos o entre gobiernos y pueblos). Basta con contemplar nuestro entorno para convencerse acerca de la verdad de este aserto.

Alejandro Fonzi (en *Hurgando en el desván del psicoanálisis*) señala, a partir del falso privilegio del padre, que la rivalidad entre padres e hijos, nacida, en lo esencial, de un malentendido, se puede representar metafóricamente mediante dos animales que, como el elefante y la ballena, habitan nichos ecológicos distintos.

Señalemos, por último, que Freud (en *El sepultamiento del complejo de Edipo*) describe su destino con distintas palabras que, en un cierto sentido,

son contradictorias. Mientras sostiene, por un lado, que no ve razón alguna para denegar el nombre de represión al proceso en virtud del cual el conflicto desaparece de la consciencia sin producir síntomas, por otro afirma que, cuando su desaparición se consuma idealmente, equivale a una destrucción y cancelación definitivas. Pero también asevera que, como resultado de las dolorosas desilusiones acontecidas, se va al fundamento inconsciente de la vida psíquica.

Frente a lo que Freud sostiene, caben dos reflexiones (tal como escribimos en *Sí, pero no de esa manera*). La primera, que surge de la experiencia psicoanalítica acumulada, nos conduce a pensar que no existen consumaciones ideales. La segunda, alimentada por la teoría que hemos aprendido, nos lleva a preguntarnos hasta qué punto puede decirse que lo que habita el fundamento no exterioriza efecto alguno.

Los cuatro gigantes del alma

A partir de esas reflexiones, podemos sostener que vivimos impregnados por el ubicuo complejo que, reprimido y sepultado en lo inconsciente, maniataado sin poder extinguirlo, nos envía, desde allí, sus retoños, que conocemos como los cuatro gigantes

del alma: la envidia, la culpa, los celos y la rivalidad. Es posible pensar que los dos primeros son, evolutivamente, más antiguos y que surgen de la “grieta” que establece el nacimiento separando al feto de una madre umbilical que fue sentida como una parte indisoluble de sí mismo. Inclusive el mito de Platón acerca de los primitivos seres esféricos divididos, por la voluntad divina, en dos mitades, que desde entonces recíprocamente se buscan, más allá de referirse a la separación en dos sexos, podría muy bien aludir a ese trauma original oculto. Los otros dos gigantes, la rivalidad y los celos, crecerían, pues, alimentados por esa grieta primitiva. Dicho sea de paso, reparemos en que es muy difícil que, por envidia o rivalidad, se llegue a matar, y que por celos o culpa, en cambio, suele suceder.

En *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*, subrayamos la importancia que posee comprender una forma diferente de malentendido, que consiste en suponer que el amor que no nos coloca en prioridad primera no alcanza las características de un amor “verdadero”. Con frecuencia, eso nos conduce a negar que, durante la evolución que el tiempo impone, suele suceder que se descubre el engaño de una prioridad ilusoria que, muchas veces, ambos enamorados comparten.

Lo que el anhelo de prioridad esconde

Lo que decimos quedaría incompleto, sin embargo, si no reconociéramos que, en la íntima arquitectura de esa trama ubicua que denominamos edípica, “sabemos”, en un oculto trasfondo que preferimos ignorar, que la prioridad es una cualidad transitoria que la transforma en una realidad ficticia que nunca nos alcanza, y cuya aparente pérdida solemos atribuir a un motivo igualmente ficticio.

Lo que incesantemente se busca, como atención continua, es una insensata exclusividad absoluta que ninguno de nosotros aceptaría otorgar. Recordemos a Porchia: “Quien te quiere, si te quisiera solamente a ti, no podría quererte, porque no sabría como a quién ni como a qué quererte”.

Suele decirse que el amor es ciego, pero no es verdad. Es cierto que enamorarse de una proyección “inexistente”, ideal e ilusoria, es una realidad tan ficticia como disfrutar de un banquete mientras soñamos dormidos. Soñando elaboramos, pero no reponemos las calorías perdidas. Pero enamorarse realmente, con los ojos abiertos, es gozar con entusiasmo las delicias de un vínculo valioso, que compensa ampliamente los innumerables defectos que nuestros ojos perciben. Quienes sostienen que el amor es ciego nunca han logrado enamorarse o, si

lo han logrado, olvidaron lo que entonces sentían. Y eso no sólo sucede con las personas, humanas o animales, también ocurre con las cosas que enriquecen la vida.

Pero una vez descubierta la condición utópica de la prioridad pretendida, se abre un camino enorme que surge del haber comprendido que el complejo de Edipo es el producto de una evolución malsana que tal vez un día se pueda trascender. Lo que ha sucedido entre Sófocles y Freud, que la literatura precediera a la ciencia en un hallazgo sintónico, podría repetirse entre el psicoanálisis actual y dos cuentos de Sturgeon (“Cuando se quiere y cuando se ama” y “Si todos los hombres fueran hermanos, ¿permitirías que alguien se case con tu hermana?”). En ellos, aparece el tema del incesto y el cáncer. En el segundo, el cáncer desaparece de un planeta cuya existencia saludable y placentera se procura ignorar. Un planeta en donde el incesto se realiza habitualmente sin inhibición ni condena moral.

Hemos recorrido, pues, hasta donde nuestra mirada llega, todos esos “monstruos” inconscientes de Moebius, aquellos acerca de los cuales jamás imaginó que alguien, sin su permiso previo y sin que él mismo se enterara, podría materializar. Sin embargo, dado que los actos fallidos demuestran que los deseos inconscientes pueden acceder a lo que

Freud denominaba “la esfera motora del yo”, no cabe duda de que todos llevamos en el alma una máquina de los krell.

Deus ex machina

Ricardo Solé (en *Redes complejas. Del genoma a internet*) escribe:

La mente, con todas sus maravillas y paradojas, es probablemente el lugar más complejo que existe en el universo... después (tal vez) del propio universo. El físico Peter Coveney la llamó acertadamente “la catedral de la complejidad”. Estamos tan acostumbrados a tener un cerebro dentro de nuestro cráneo que no somos conscientes de lo extraordinario que es su posesión. La comparación entre la mente y el cosmos es menos gratuita de lo que parece: el número de neuronas de nuestro cerebro ronda los cien mil millones, el mismo que el número de estrellas de nuestra galaxia. Y cuando conectamos semejante cantidad de elementos entre sí, pueden suceder cosas asombrosas.

Llegamos, ahora, al peñón más abrupto, aproximándonos “por otra punta” a la ilusión del yo. Sucede que, de pronto, psicosomatológicamente,

comprendemos que ese cuerpo, que Freud homologaba con el psiquismo inconsciente, y que de manera abusiva consideramos nuestro, es la máquina “de los krell” que no dominamos cuando realiza “por su cuenta” lo que muchas veces, “sin querer”, en nuestra vida materializamos.

Dado que el ello o el superyó de un ser humano no son su yo, entendemos, por fin, lo que el lenguaje siempre nos dijo y nunca comprendimos: “su” ello (o “su” superyó, tanto como su cerebro, su corazón o su hígado) no es *su-yo*, y por la misma razón todos esos órganos “nuestros”, que a mí me conforman, otorgándome mis cualidades, tampoco son míos. Allí, en lo inconsciente, reside la máquina, y así vivimos, no siempre en armonía, la máquina y yo.

Vivimos, mientras tanto, entre un mundo micro, que registramos a través del microscopio, y un mundo macro, que nos llega a través del telescopio. Ambos existen en el “espejo” de nuestra mente, en magnitudes que integramos de manera racional, pero están absolutamente por fuera de nuestra representación sensorial. Ya encontramos allí una primera imagen de una crisis que se presenta como una mutación tormentosa y “febril” de nuestra consciencia humana. Una consciencia que, de un modo paulatino y tropezando con

interminables sinsabores, trata de que sus logros sensoriales se ajusten con nacientes y oscuras intuiciones sensibles acerca de una totalidad que la trasciende. Vivimos hoy como una abeja que “ya sabe” que la reina no gobierna la colmena, y que la inteligencia que la guía en la consecución de sus cotidianos propósitos le resulta completamente incomprensible.

En *El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros*, escribimos: “Es necesario y saludable que, más tarde o más temprano, admitamos, pacíficamente, la idea de que somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia entre las otras y contempla, embelesada, *creyendo que son propias las luces que refleja*, mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar”.

Es necesario volver, una y otra vez, sobre la idea de que nuestra consciencia (que mira “desde un ángulo” a lo que contempla en cada instante) es parcial, y que, por consiguiente, la totalidad de la cual formamos parte será siempre inabarcable. Esto nos ayuda a comprender por qué vivimos oscilando entre una integración armónica que no exige reflexión y un desvío en el cual, comportándonos como una hormiga descarriada que ha perdido el camino al hormiguero, nos preguntamos (tal como lo hicimos en *¿Para qué y para quién vivimos? El camino de los*

sueños) cuál es el sentido de la vida y hacia qué meta debemos apuntar.

Los conferenciantes de un simposio trascurrido en San Galo se refieren a una primera y muy trascendente mutación de la consciencia, que sucedió cuando la humanidad sustituyó el predominio del pensamiento mágico (propio de un proceso que el psicoanálisis denomina primario) por el predominio del pensamiento lógico (propio de un proceso que el psicoanálisis denomina secundario), generando lo que se llamó el Renacimiento e inaugurando, desde allí, la Edad Moderna. La antigua magia se bifurcó, entonces, en religión y ciencia, dos disciplinas que se mantuvieron separadas y que no siempre estuvieron en buenas relaciones.

La crisis que ahora atravesamos nos lleva hacia un pensamiento “arracional” que conduce a que la religión y la ciencia vuelvan a fundirse (dentro de un proceso que denominamos terciario) para dar nacimiento a una nueva forma, todavía arcana, dado que ambas, religión y ciencia, en relación recíproca, tienden a modificarse mutuamente.

La hipótesis de Gaia, nuestro planeta vivo, la inteligencia artificial que *El dilema de las redes sociales* nos retrata o, inclusive, la máquina imaginaria que construyeron los krell nos conducen a preguntarnos, como si fuéramos una abeja que comienza a

vislumbrar la inteligente sabiduría de la colmena, cuyos designios ignora, ¿qué o cuánto podremos comprender?

Deus ex machina es una expresión que se origina en el teatro griego para referirse a lo que ocurría cuando algún medio mecánico colocaba, desde fuera del escenario, un actor cuya función era interpretar una deidad que intervenía para resolver una situación o dar un giro al entretejido de los acontecimientos. Actualmente, la expresión se utiliza para aludir a un elemento que resuelve una historia desde afuera de su trama. En otras palabras, se trata de un acontecimiento que “interviene” y que se experimenta como inverosímil. En este punto, es necesario recordar cuántas veces se ha dicho que la realidad copia al arte.

Muchos años después de que en la antigua Grecia el arte dramático recurriera a introducir esta “oportuna” intervención de lo exterior, Joseph Campbell escribe un párrafo que reproduzco aquí desde una cita transcrita por John Briggs y David Peat en *El espejo turbulento*:

Schopenhauer señala que cuando uno llega a una edad avanzada y evoca su vida, esta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista. Acontecimientos que en su momento parecían acciden-

tales e irrelevantes se manifiestan como factores indispensables en la composición de una trama coherente. ¿Quién compuso esa trama? Schopenhauer sugiere que, así como nuestros sueños incluyen un aspecto de nosotros mismos que nuestra consciencia desconoce, nuestra vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de nosotros. Y así como personas a quienes aparentemente sólo conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes, dando sentido a vidas ajenas. La totalidad de estos elementos se une como una gran sinfonía, y todo estructura inconscientemente todo lo demás; el grandioso sueño de un solo soñador donde todos los personajes del sueño también sueñan.

Todo guarda una relación mutua con todo lo demás, así que no podemos culpar a nadie por nada. Es como si hubiera una intención única detrás de todo ello, la cual siempre cobra un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sabe cuál es, o si ha vivido la vida que se proponía.

Más allá de la conmovedora vivencia que las palabras de Campbell despiertan (especialmente cuando se refiere a ese grandioso sueño de un solo

soñador que, como un prestidigitador, ha compuesto, de manera inesperada, una trama que “de algún lado” viene), el reconocimiento de las limitaciones reduccionistas implícitas en una concepción mecánica y “lineal” nos conduce a reconciliar una ciencia nueva con una nueva religión.

En 1966, con Víctor Laborde, Enrique Obstfeld y Jorge Pantolini (en *La interioridad de los medicamentos*) escribimos:

Pensaron...

Pensaron que un dios llamado Marciano fue creando, como producto de una lenta evolución, las máquinas mineral, vegetal, animal y humana, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flores por los insectos.

Pensaron que estas funcionaron así, interrelacionadas entre sí, durante milenios, y que una de estas máquinas, el hombre, sintiéndose viva, e incapaz de conocer la fórmula de los circuitos impresos “pensados” por el dios Marciano, y que la han hecho posible, tomó a estas fórmulas por sustancias esenciales, “no pensadas”, existentes “de por sí”, y vacías de la “interioridad” que él poseía.

Pensaron que por eso lo asombró al hombre durante un tiempo la “casualidad” de que pudieran inyectarse a un ser humano, y con un

efecto definido, “transistores” que, como la morfina, provenían de una planta vegetal a la cual este no reconocía del todo como hermana.

Pensaron que esto no había cambiado, que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, dio en crear a su vez a una máquina llamada cibernética, que estando casi tan “viva” como él, lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que el mismo Dios habría de preguntarse, cuando observaba al hombre, surgido del programa que él mismo continuamente se creaba, cuál sería la fórmula de su propio circuito “divino”.

Sólo al salir de “las ruinas circulares” pudieron las máquinas comprender que Dios crecía junto con ellas en la estructura del conjunto, al cual ellas iban dando cada vez más vida y más “interioridad”, interrelacionadas entre sí. Y que desde la misma intimidad elemental de la trama “mineral y viva” nacían las raíces de Dios junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.

TERCERA PARTE

La hipótesis holográfica

HACER CONSCIENTE ALGO INCONSCIENTE

“El origen siempre está presente.
 No es un comienzo, puesto que todo
 comienzo está ligado al tiempo.
 Y el presente no es el mero ahora,
 el hoy o el instante.
 No es una parte del tiempo,
 sino un resultado integral y,
 en consecuencia, siempre originario.
 Quien es capaz de llevar
 a efecto y a la realidad
 el origen y el presente como
 integridad,
 quien sea capaz de concretarlos,
 superará el principio y el fin,
 y el mero tiempo actual.
 JEAN GEBSER, *Origen y presente*.

Los orígenes

Freud y Breuer implementaron la *talking cure*, “la cura que se realiza hablando”, un proceso durante

el cual, hablando, sus pacientes histéricas mejoraban sus síntomas recuperando recuerdos reprimidos y expresando afectos que permanecían ligados con esos recuerdos. Denominaron a lo que sucedía *abreacción del afecto*.

Para lograrlo, era necesario vencer una fuerza que en el paciente se oponía a la prosecución del proceso, una fuerza que pasó a constituir, con el nombre de *resistencia*, uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. Así nació, pues, el psicoanálisis, como un conjunto de conceptos vinculados con un procedimiento técnico, que se dirige a vencer las resistencias opuestas al hacer consciente algo inconsciente, y que fue evolucionando en sucesivos jalones.

El primero de esos jalones fue la *hipnosis*, que Freud utilizó muy poco tiempo. El segundo fue la *sugestión en estado de vigilia*, que realizaba opriéndole fuertemente con sus dos manos la cabeza de la enferma, y asegurándole que, cuando él las retirara, le surgiría a la paciente una idea que debía comunicarle.

La asociación libre y la transferencia

El tercer jalón alcanzado, denominado *asociación libre*, continúa incólume hasta nuestros días.

Todas nuestras asociaciones, lejos de ser “libres”, están condicionadas por distintas circunstancias (por ejemplo, por su contigüidad en el tiempo o el espacio). Pero cuando Freud solicitaba *asociaciones libres* se refería a libres de toda crítica, es decir que deberían ser comunicadas a pesar de que el paciente pensara que sus ocurrencias “no venían al caso”.

Si bien la asociación libre continúa siendo el principio básico de la técnica psicoanalítica, y su *regla fundamental* consiste en que la sesión de psicoanálisis debe comenzar “desde el paciente”, sin que el psicoanalista interfiera ese proceso con intervenciones prematuras, la técnica psicoanalítica ha recorrido etapas importantes. Una de las más fundamentales ha consistido en recomendar, para el psicoterapeuta, un equivalente de la asociación libre, denominado *atención flotante*.

Muy pronto, Freud descubrió lo que designó con el vocablo “*transferecia*”: una tendencia a sustituir una persona anterior con la persona del médico. El paciente, dirá Freud, *en lugar de recordar, tiende a revivir* en su relación con el psicoterapeuta (que excita, en ese momento, los signos de cualidad que denotan una presencia sensorial) precisamente algo de aquello que no recuerda. Descubrió así, por vez primera, *la transferecia*, en una de sus formas,

aquella que se manifiesta como un “cese” en la comunicación de asociaciones libres. Es decir, en otras palabras, que la transferencia era el sustento de una resistencia. Se propone, entonces, interpretar la transferencia sólo cuando “desaparezcan” las asociaciones libres.

El epílogo del historial de Dora

Años después (en 1905, en el epílogo del historial de Dora) reconoce su error, y será Melanie Klein quien asumirá la consigna que de allí ha surgido, sosteniendo el permanente análisis de la transferencia, ya desde el primer instante en el cual se inicia el tratamiento.

Una nueva actitud derivó del haber comprendido que, en una estratificación múltiple, *la transferencia, como resistencia, ocultaba otra transferencia resistida*. Los analistas “de aquel entonces” se dividirán, a partir de ese punto, en los kleinianos y los “mal llamados” freudianos (porque asumieron la posición que Freud sostuvo antes de escribir el epílogo del historial de Dora). Mientras unos analizaban permanentemente el “aquí y ahora conmigo”, los otros interpretaban, en el material de la sesión, la relación del paciente con los personajes significativos de su entorno.

La contratransferencia

Surge una próxima etapa cuando Racker desarrolla sus investigaciones sobre *los significados y usos de la contratransferencia*, centradas especialmente en que tanto las *ocurrencias* como las *posiciones* contratransferenciales evidenciaban una *contrarresistencia* que dificultaba la tarea psicoanalítica. Subrayó, entonces, que todo lo que ocurre en la sesión de psicoanálisis es el producto de una *bipatía* que deberá ser superada por ambos integrantes del vínculo analítico.

Pero serán Cesio y su grupo de discípulos quienes propugnarán el *uso permanente de la contratransferencia* durante el tratamiento psicoanalítico.

Algunos de sus discípulos sostuvimos que la contratransferencia, dado que el paciente la percibe antes de que el analista hable, es el verdadero agente terapéutico (“por detrás” de la interpretación formulada verbalmente). Esto condujo a comprender que las transferencias recíprocas constituyen la esencia de un proceso que sólo puede ser auténtico a través de un crecimiento compartido.

Alcanzamos un próximo jalón, procurando utilizar una *interpretación nominativa* que, dirigida a nombrar los afectos reprimidos (que, pugnando para acceder a la conciencia, constituían aquello que

denominamos el *punto de urgencia*), intentaba acercarse al *presente atemporal* que rige lo inconsciente.

Nombrando los afectos que “habitaban” al paciente, nos proponíamos evitar una excesiva delimitación cronológica.

La práctica continua de la actitud kleiniana, caracterizada por la permanente referencia, en *el aquí y ahora*, a las vicisitudes de la relación entre el paciente y su psicoanalista, condujo muy pronto a que, durante las sesiones, ambos copartícipes sólo hablaran de esa relación, y a que esto se manifestara en una creciente “clausura” del *campo* que así se constituía. Un campo dentro del cual la situación creada en ese vínculo se parecía demasiado a las relaciones con los personajes que en ambos (el paciente y su psicoanalista) configuraban su personal historia.

La interpretación indirecta

Al intentar evitar la clausura, propugnábamos una *interpretación indirecta de la transferencia* que, además de permitir que la magnitud del afecto convocado fuera suficiente y al mismo tiempo tolerable, posibilitaba también que el paciente eligiera el momento en el cual admitir la presencia, en el aquí y ahora, de algo fuertemente resistido.

Comprendíamos también que, dada la profundidad del vínculo inconsciente que se establecía en toda sesión psicoanalítica, el punto de urgencia, que orienta la dirección de la tarea, siempre sería un *punto de urgencia compartido*.

Es necesario reparar ahora en algo que lamentablemente sucedió. Una cosa es interpretar de manera indirecta una transferencia que permanece consciente en el psicoanalista (fundamentando el método indirecto), y otra, muy distinta, es que la interpretación indirecta conduzca a que el psicoterapeuta, mientras interpreta con representaciones indirectas que son metáforas de la transferencia actual, incurra de un modo insensible en una inconsciencia progresiva de la transferencia operante, porque eso lo lleva a coincidir con aquella actitud de la que Freud se arrepiente en el famoso epílogo.

Un episodio en la relación entre Dora y Freud

Vale la pena recordarlo con cierto detalle, porque (tal como lo exponemos en *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*) constituye una espléndida ilustración del proceso terciario y del presente atemporal.

I. Dora llegó a experimentar intensos deseos en su relación con el señor K y reprimió dichos deseos porque la conciencia de ellos se hubiera

acompañado de un afecto displacentero, debido a las vicisitudes de su vida que configuraron su historia. Esos deseos reprimidos permanecieron insatisfechos, y Dora experimentó, entonces, intensos sentimientos de venganza hacia el señor K, a quien ella atribuye, inconscientemente, tanto el origen del deseo como el origen de su sufrimiento por la insatisfacción.

Tales impulsos de celosa venganza, también reprimidos, fueron los que la condujeron a propinarle una bofetada al señor K. El acontecimiento de la bofetada y los mismos sentimientos de venganza debido a los deseos amorosos que Dora experimentaba hacia el señor K reactivaron en ella sentimientos de culpa y deseos de autocastigo que también fueron reprimidos, no sólo por su carácter penoso, sino también para mantener inconsciente los otros elementos del mismo complejo asociativo.

II. Durante el tratamiento psicoanalítico, esos sentimientos de venganza, en lugar de ser recordados, fueron repetidos de manera inconsciente. Inconscientemente adheridos a la figura de K, fueron transferidos sobre las representaciones preconscientes que Dora tenía de Freud, porque en el momento en que amenazaban con hacerse conscientes mediante el tratamiento, Freud era la única persona que “estaba allí”, es decir, la única persona cuya

representación, en el preconscious de Dora, poseía los signos de cualidad sensorial que diferencian la percepción del recuerdo.

Dicha transferencia fue simultáneamente reprimida por las mismas razones que determinaron la represión anterior y permaneció desde entonces inconsciente, ya que Freud comprendió sus vicisitudes cuando Dora ya había abandonado el tratamiento. Todas estas fantasías pasaron a formar parte del complejo asociativo original inconsciente, y al remordimiento por la bofetada propinada a K se añadió, entonces, el remordimiento por la misma transferencia sobre Freud de los sentimientos de venganza.

III. Quince meses después de interrumpido el tratamiento, Dora leyó en un periódico noticias acerca del nombramiento de Freud como profesor, hecho que debió ser interpretado por ella como auspicioso y placentero para él. Se reactivaron en Dora, entonces, los sentimientos de venganza, y con ellos, todo el complejo consiguiente.

Mientras la idea original que constituye este complejo permanece como actualidad en el inconsciente de Dora, el *quantum* del impulso, en lugar de descargarse en la forma o configuración del afecto original celos-venganza-culpa, se deriva, o descarga,

a través de un fenómeno distinto, el dolor en la cara. Es decir que dicho afecto original desaparece de la conciencia y sólo permanece, descargado de cantidad, como “estructura afectiva disposicional inconsciente”.

El deseo de venganza y de castigo se realiza así de manera simbólica en la descarga sustituta que posee los componentes de acción motora que corresponden al afecto. El dolor, que Freud consideraba, en sentido amplio, un afecto, es el producto de otra idea inconsciente o “clave de inervación” que constituye la “puerta de entrada” del suceso que se registra como somático.

Pero en esta distinta estructura disposicional afectiva inconsciente, que corresponde al dolor, participa ahora, y en este caso particular, *la huella de un suceso que se realizó como un acto materialmente ejecutado, a plena cantidad, sobre el señor K, y sensorialmente percibido por Dora: la bofetada que explica la localización del dolor*. Y participa también *la huella de otro suceso, que se representó en el terreno del pensamiento, a pequeña cantidad, sobre la imago de Freud, y fue “sabido”, o conocido, por Dora: la noticia leída, que explica el momento de aparición del dolor*. Uno y otro fenómeno quedan vinculados a través de un tercero, la transferencia, que participa sí en la producción del síntoma. Vale la pena anotar aquí,

de paso, que la transferencia se manifiesta también en los síntomas, y no sólo a través del discurso verbal del paciente.

Dos semanas después de aparecido el dolor, en una fecha que Freud no consideraba indiferente, Dora acudió a consultarlo. El motivo manifiesto de la consulta consistía en solicitar ayuda a causa de una neuralgia facial del lado derecho, que la atormentaba día y noche. Freud pregunta, entonces, ¿desde cuándo? Y Dora responde: exactamente desde hace dos semanas. Freud consigna que, en este punto, no puede reprimir una sonrisa, porque estaba en condiciones de demostrarle que precisamente hacía dos semanas ella había leído noticias sobre él en los periódicos, lo cual es confirmado por Dora.

En el preconsciente de Freud, determinadas representaciones reciben la transferencia (contra-transferencia) de ideas inconscientes distintas que continúan reprimidas y que son reactivadas mediante su contacto con Dora y la transferencia que ella realiza.

Las ideas que permanecen inconscientes en Freud, y que fueron reactivadas por el contacto con Dora, son el receptor con el cual se capta lo inconsciente del paciente o el arpa que resuena de manera acorde con él. Esas ideas inconscientes determinan, oscuramente, la pregunta “¿desde cuándo?”, que

pertenece al mismo complejo asociativo del cual deriva también la emergencia del recuerdo sobre las noticias que el periódico publicara, y la ocurrencia de que Dora debía haberla leído.

No es aventurado suponer que, cuando Freud, ante la respuesta de Dora, no puede reprimir una sonrisa, sucede que esa sonrisa se halla sostenida, desde lo inconsciente, por la reactivación de la satisfacción que el niño experimenta, frente al pecho gratificante, durante la relajación que sobreviene después de la mamada, y que esa satisfacción es reactivada por otra actual, en la que participa la típica vivencia de descubrimiento, que se agrega a la ocurrencia, y a la poderosa convicción que la acompaña, y que se extiende luego a la interpretación.

Tampoco es aventurado suponer que Freud intenta reprimir esta sonrisa por los sentimientos de culpa que experimenta frente a una satisfacción que, debido a la necesidad inconsciente de compensar los anteriores sentimientos de fracaso, queda convertida en triunfo y equiparada, de este modo, con su propia venganza ante el abandono de Dora.

Las distintas vicisitudes de una misma clave de inervación, en el territorio preciso de un nervio, dan testimonio de la riqueza expresiva de la vida. La bofetada sobre la cara de K conduce a la neuralgia sobre la cara de Dora, que conduce a la sonrisa

sobre la cara de Freud. En un *crescendo* significativo, que se independiza bruscamente de toda secuencia temporal, cuando el círculo se cierra, comprendemos, de pronto, que esta sonrisa de Freud satisfecho no sólo representa sino que además *es* aquella misma eterna y revivida en cada hombre que merece la bofetada de Dora en la cara de K. Precisamente aquella que Dora, durante su lectura de las noticias del periódico, ya sabía que vería, y ya “había visto”, en la cara de Freud.

Este diálogo inconsciente de las caras constituye, aquí, un representante circunscripto de aquel otro, igualmente atemporal, de la venganza, de la culpa y la expiación, que hermana, en lo inconsciente, y en un mismo “punto de urgencia”, a Dora y a Freud.

Cuatro lenguajes

Otro de los importantes jalones que recorrió la técnica psicoanalítica fue la rotunda afirmación de que con el paciente debíamos abandonar la jerga y las muletillas de la especialidad, e interpretarle, siempre, en “el lenguaje de la vida”, que no es otro que el que utilizamos, durante nuestra convivencia, cotidianamente.

Consignemos ahora lo que afirma Lewis Thomas en su magnífico libro *The Fragile Species*, porque

constituye un apoyo fundamental para llegar a lo que Cesio decía que “habría que pensar”.

Lewis Thomas distingue entre cuatro tipos de lenguaje.

El primero se constituye con *pequeños enunciados* dedicados a indicar una presencia, marcar un territorio o demandar una acción.

El segundo, producto de una misteriosa mutación de la consciencia humana que evoluciona hacia diferentes idiomas, es el *lenguaje ordinario*, lleno de sentido, inseparable de una manera de concebir el mundo, que logra una cooperación y un intercambio de pensamiento mediante un conjunto de palabras que funcionan como una metáfora que procura transmitir lo esencial de la experiencia que transcurre en la actualidad de lo enunciado.

El tercero es una forma nueva, proveniente de recientes milenios, que *ensambla piezas de lógica en un lenguaje científico y universal*, que alcanza en las matemáticas su mejor paradigma y en la mecánica cuántica una formulación accesible para unas pocas personas.

El cuarto es *la poesía*, o *poiesis* (creación), que lejos de lo que llamamos versos, y libre de condicionamientos como la rima o la cadencia (y tan difícil de explicar como la música), se diferencia, como las matemáticas, del lenguaje ordinario y nace, como

las canciones de cuna, de la necesidad de transmitir un estado afectivo.

El lenguaje de la interpretación

Sabemos que durante la sesión psicoanalítica el *lenguaje uno* sólo se utiliza para comunicar asuntos tan concretos como saludar o despedirse; que el *lenguaje dos* es el que deliberadamente siempre se ha usado como centro de la actividad interpretativa que constituye nuestra labor; que el *lenguaje tres* ha intervenido, de un modo subyacente y en forma de teoría, en el *background* de la interpretación, y que el *lenguaje cuatro*, que debería ser nuestro objetivo, sólo ha sucedido algunas veces, sin haber sido un producto que procurábamos lograr.

Si bien el lenguaje cuatro suele utilizarse en la vida cotidiana de una manera involuntaria y casual, en algunas ocasiones hay personas, entre las cuales se cuentan los grandes oradores, que pueden disponer de esa capacidad en una forma deliberada que ingresa a veces en la psicopatía.

UNA VEZ OBTENIDO EL SIGNIFICADO... LAS PALABRAS "SOBRAN"

“El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.
CHUANG TZU (398-286 a. C.)

Acerca del aquí y ahora

Al repasar el camino que nos condujo hacia el lugar en el cual hoy nos encontramos, cabe reproducir ahora unas palabras escritas por Cesio en 1974 (en *Mi contribución al psicoanálisis*). Allí reconoce

la necesidad de una interpretación *inclusiva* (qué “habría que pensar”, decía) que respete el presente atemporal (contrariado en la cronología implícita en el “aquí y ahora”), con las siguientes palabras:

Las características que posee la transferencia, tal como se presenta en la clínica, nos señalan el objeto de la interpretación y las reglas de la formación de la misma [...] [se] ha difundido entre nosotros la idea de que la interpretación debe hacerse en el aquí y ahora, sin embargo la idea del aquí y ahora implica temporalidad, mientras que la transferencia-contratransferencia es en parte inconsciente y por ello atemporal. ¿Cómo resolver entonces este problema? Habría que pensar en una formulación conceptual que pudiera incluir este carácter atemporal de la transferencia-contratransferencia, ya que la interpretación en términos del aquí y ahora, al suponer un tiempo muy definido, implica una negación parcial de la temporalidad de lo inconsciente que buscamos hacer consciente. Por eso creo valioso sustituir la formulación conceptual en términos del aquí y ahora por otra que integre de alguna manera la idea de la atemporalidad de lo inconsciente que se manifiesta en la transferencia-contratransferencia. Para expresar

esta conceptualización considero útil el empleo del tiempo presente, ya no con el valor del presente temporal del aquí y ahora, sino con el valor del presente atemporal que atenúa los límites entre los tiempos y entre el tiempo y lo atemporal inconsciente.

La interpretación inclusiva

Lanzados en la dirección que Cesio, en cierto modo, preanuncia, comenzaremos por establecer dos conclusiones.

La primera es que el psicoanálisis siempre se ha dedicado, de manera deliberada y explícita, a interpretar los derivados de lo inconsciente desde un proceso secundario que culmina en interpretaciones racionales y explicativas.

La segunda es que ese método condujo a los jalones que anteriormente describimos y que nos trajeron hasta aquí. Llegamos así, como resultado de un largo periplo, a la conclusión de que *es necesario interpretar con la participación del proceso primario*. Hacerlo de ese modo lleva implícito un *proceso terciario* que se convierte, desde una nueva conciencia, en algo deliberado que no debe ser abandonado a la casualidad y que puede ser facilitado por algunos lineamientos.

Es muy importante tener en cuenta que *los jalones de la técnica que, en distintas épocas, hemos recorrido constituyeron experiencias que nos han enriquecido dentro de inevitables avances y retrocesos, y que, dado que continúan vivas en nuestro interior, podrán y deberán ser utilizadas, “en el buen saber y entender de cada uno”, junto a la “nueva” modalidad inclusiva, en los momentos en que parezca conveniente.*

La ubicuidad del presente atemporal

Volvamos ahora a *la interpretación inclusiva*, que apunta a la *ubicuidad* del presente atemporal (que, más allá de ser *kairológico*, es *ucrónico*), para subrayar que, cuando logramos “cortar camino” de ese modo y accedemos en forma directa a *un sentimiento ubicuo* (obteniendo la convicción que lo acompaña), evitamos, al mismo tiempo, que el paciente *desoiga* lo que siente, refugiándose en la racionalidad de un argumento.

Desde la *ubicuidad* que constituye lo fundamental de esta técnica, *cada sesión configura una oportunidad, “en sí misma”,* que funciona como un representante del punto de urgencia compartido. Para trabajar con esta técnica (que denominamos “inclusiva” por su privilegio de la ubicuidad), es

necesario que el psicoanalista comprenda que él también deberá concentrarse en *hacer uso de una oportunidad que es única en cada sesión*, dado que, si interviene para corregir o ampliar lo que ha dicho, formulando una segunda interpretación, además de quitarle a la primera el grado de convicción necesario para ejercer un suficiente efecto, *en realidad la sustituye*.

El uso de la oportunidad

Llegamos de este modo a comprender que la oportunidad que una sesión otorga, una vez utilizada, ya no deberá ser corregida. Sólo una vez que ha transcurrido *el tiempo de decantación* que media entre una sesión y la que sigue, recuperaremos la oportunidad de interpretar nuevamente.

El proceso digestivo nos otorga una adecuada metáfora que contribuye a esclarecer lo que planteamos en el párrafo anterior. Así como resultaría imposible, luego de un excelente almuerzo, volver a comer dos horas después, antes de haber digerido lo incorporado poco tiempo antes (dado que no sólo faltará el necesario apetito, sino que además la comida provocará desagrado), es imposible pensar que el paciente estará en condiciones de recibir interpretaciones sin que haya transcurrido

el *tiempo de decantación* imprescindible para procesar aquello (sea satisfactorio o indigesto) que ha recibido.

Esto nos conduce a reflexionar acerca de hasta qué punto puede llegar a ser inconveniente realizar dos sesiones sucesivas de psicoanálisis, si no trascurren separadas por un intervalo suficiente que, de acuerdo con lo que dijimos, debería ser, por lo menos, de veinticuatro horas.

La verdad sobre Sancho Panza

En *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, cuyo contenido corresponde a la *hipótesis Prometeo*, que fundamenta las relaciones “psicosomatológicas” entre idea y materia, y que precedió en más de cincuenta años a una exposición “ordenada” de lo que hoy denominamos la *hipótesis colmena* (acerca de nuestro organismo y nuestro pueblo), citábamos las siguientes palabras del *Prometeo* de Kafka, tituladas “La verdad sobre Sancho Panza”:

Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró, con el correr de los años, mediante la composición de una cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, en horas del atardecer y de la noche, apartar a tal punto de sí a su demonio, al que lue-

go dio el nombre de Don Quijote, que este se lanzó irrefrenablemente a las más locas aventuras, las cuales, empero, por falta de un objeto predeterminado y que precisamente hubiera debido ser Sancho Panza, no hicieron daño a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió impasible, quizás en razón de un cierto sentido de la responsabilidad, a Don Quijote en sus andanzas, alcanzando con ello un grande y útil esparcimiento hasta su fin.

Cabe recordar aquí lo que señala Borges: cuán poco importa la realidad de sus presuntas hazañas, frente al maravilloso encanto de la amistad que sentimos hacia ellos.

La vocación psicoanalítica

Si reflexionamos sobre la última e irreductible “razón” que motiva el ejercicio de nuestra actividad profesional psicoanalítica, nos encontramos con la inevitable necesidad de *insuflar vida y contorno* en los indefinidos fantasmas (*angelicales y demoníacos*) que necesitamos *externalizar y contemplar* para seguir viviendo.

Acuden a nuestra memoria algunas de las frases con las cuales Bécquer introduce sus *Rimas*:

“Fecunda, como el lecho de amor de la miseria [...] mi musa concibe y pare en el misterioso santuario de mi cabeza [...] Sus creaciones [...] pugnan [...] disputándose los átomos de la memoria como el escaso jugo de una tierra estéril. [...] No quiero que, en mis noches sin sueño, volváis a pasar por delante de mis ojos [...] pidiéndome [...] que os saque a la vida de realidad, del limbo en que vivís semejantes a fantasmas sin consistencia”.

Tanto Simenon como Fellini se han ocupado de una cierta ubicuidad de *la derrota* (en el inexorable *derrotero* de toda vida humana) y lo han hecho hasta el punto en que llegaron a considerar explícitamente (de acuerdo con lo que surge de la correspondencia epistolar que sostuvieron) que *constituye la motivación primigenia y esencial de toda creación artística*.

Sin embargo, la cuestión no acaba en las importantes conclusiones con las cuales los dos aceptan la inexorabilidad de la derrota y su valor como musa inspiradora de la creación artística. Sus conclusiones pueden aplicarse al ejercicio psicoanalítico que se realiza motivado por una genuina vocación, que surge de *la necesidad de encontrar allí, proyectado en el paciente*, y en el punto de urgencia compartido, precisamente *aquello que necesitamos resolver en nuestra propia vida*.

Cuando las palabras "sobran"

Porchia señala: "Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo".

A pesar de que las palabras parecen ser siempre insuficientes, es cierto que necesitamos decir y que con frecuencia, para decir, hablamos. Esta condición del ser humano nos permite ingresar en algunas consideraciones que atañen al psicoanalizar en un tratamiento psicoanalítico.

Durante años, pensamos que lo esencial consistía en la precisión y el cuidado con que "elegíamos" las palabras acertadas en nuestra tarea de hacer consciente lo inconsciente que, permaneciendo reprimido, formaba parte del *punto de urgencia* "estando allí", necesitando un pequeño empujoncito para entrar en la consciencia (como una verdadera transformación, muy distinta de lo que Freud consideraba una *doble inscripción*, una copia que coexiste con el original inmodificado que persiste en lo inconsciente).

Ya no pensamos así. Recordemos las impecables palabras de Bion: "En este punto del camino, el psicoanalista que se equivoca enseña a su paciente psicoanálisis, en lugar de otorgarle una experiencia emocional irreversible".

Hoy hemos aprendido que cuando un significado, sea penoso o agradable, nos inunda con una riqueza plena de matices inefables, no nos faltan palabras, porque, ofendidos o complacidos, acuden a nuestros labios en sucesivos y expresivos borbotones. Lo esencial reside en mantener nuestra permeabilidad a la contratransferencia. Es lo que quiso transmitirnos Chuang Tzu hace más de dos mil años: “El anzuelo existe para el pez. Una vez obtenido el pez, puedes olvidar el anzuelo. La trampa para conejos existe para el conejo. Una vez obtenido el conejo, puedes olvidar la trampa. Las palabras existen para el significado. Una vez obtenido el significado, puedes olvidar las palabras. ¿Dónde puedo encontrar un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él?”.

Reparemos en la pregunta con la que su mensaje culmina, porque es allí, en esa imprescindible e inconsciente necesidad de quien ha decidido recurrir al psicoanálisis, en donde reside la auténtica tarea del paciente y su psicoanalista.

La hipótesis holográfica

Junto con la constatación de la importancia que posee *una interpretación ubicua que, trascendiendo las limitaciones del aquí y ahora, respeta la operatividad*

del presente atemporal y logra apresar la significancia de lo que transcurre más allá de las palabras, descubrimos que utilizando las hipótesis Prometeo y colmena progresamos, poco a poco, en una técnica que (pensando en que una holografía “pone fuera”, de manera tentadora e inaferrable, algo propio que “necesitamos ver”) podemos representar “gráficamente” con el nombre que elegimos: hipótesis holográfica.

BIBLIOGRAFÍA

- Barabási, Albert Laszló, *Linked the Science of Networks*.
- Bateson, Gregory, *Pasos hacia una ecología de la mente*.
- Becker, Gustavo Adolfo, *Rimas*.
- Bion, Wilfred, *Seminarios en Brasil*.
- Blake, William, *Matrimonio del cielo y el infierno*.
- Briggs, John y David Peat, *El espejo turbulento*.
- Burton, Robert, *On Being Certain*.
- Cané, Miguel, *Juvenilia*.
- Cesio, Fidas, *Mi contribución al psicoanálisis*.
- Chiozza, Gustavo, *¿Por qué la gente fuma?*
- Chiozza, Luis, *¿Para qué y para quién vivimos? El camino de los sueños*.
- Chiozza, Luis, *El interés en la vida. Sólo se puede ser siendo con otros*.
- Chiozza, Luis, *La enfermedad. De un órgano, de una persona, de una familia y de un pueblo*.
- Chiozza, Luis, *El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer*.
- Chiozza, Luis, *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*.
- Chiozza, Luis, *Hacia una teoría del arte psicoanalítico*.

Chiozza, Luis, *La peste en la colmena*.

Chiozza, Luis, *Cáncer. ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?*

Chiozza, Luis, *Ser como la gente. Acerca de la enfermedad y la maldad*.

Chiozza, Luis, Víctor Laborde, Enrique Obstfeld y Jorge Pantolini, “La interioridad de los medicamentos”.

El planeta prohibido, filme.

Eshel, Ben Jacob, Yoash Shapira y Alfred Tauber, *Smart Bacteria*.

Fellini, Federico y Georges Simenon, *Correspondencia*.

Fonzi, Alejandro, *Hurgando en el diván del psicoanálisis*.

Freud, Sigmund, *Análisis fragmentario de una histeria*.

Freud, Sigmund, *Psicopatología de la vida cotidiana*.

Freud, Sigmund, *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

Freud, Sigmund, *Esquema de psicoanálisis*.

Freud, Sigmund, *Tótem y tabú*.

Freud, Sigmund, *La interpretación de los sueños*.

Freud, Sigmund, *El sepultamiento del complejo de Edipo*.

Garma, Ángel, *Psicogénesis de las úlceras gástricas y duodenales*.

Gebser, Jean, *Origen y presente*.

Gebser, Jena *et al.*, *La nueva visión del mundo*.

Gregory, Richard, *Mind in Science*.

- Kafka, Franz, *Prometeo*.
- Machado, Antonio, *Proverbios y cantares*.
- Mandoki, Katya, *El imprescindible exceso de la estética*.
- Margulis, Lynn, *Microcosmos*.
- Margulis, Lynn *et al.*, *Chimeras and Consciousness. Evolution of the Sensory Self*.
- Pasolini, Pier Paolo, *Edipo rey*, filme.
- Porchia, Antonio, *Voces*.
- Rascovsky, Arnaldo, *El psiquismo fetal*.
- Rosenstein, Justin, *En el dilema de las redes sociales*, documental.
- Rovelli, Carlo, *Che cos'è la scienza. La rivoluzione di Anassimandro*.
- Sapolsky, Robert, en Lynn Margulis y Eduardo Punset, *Mind, Life and Universe*.
- Schrödinger, Erwin, *Qué es la vida*.
- Schrödinger, Erwin, *Mente y materia*.
- Sófocles, *Tragedias*.
- Solé, Ricardo, *Redes complejas. Del genoma a internet. The Social Dilemma*, filme.
- Thomas, Lewis, *Fragile Species*.
- Thomas, Lewis, *Las vidas de la célula. Una vida en nuestro planeta*, filme.
- Von Weizsaecker, Victor, *Patosofía*.

Von Weizsaecker, Victor, *Casos y problemas*.

Von Weizsaecker, Victor, *Naturaleza y espíritu*.

Von Weizsaecker, Victor, *El médico y el enfermo*.

Weizenbaum, Joseph, *La frontera entre el ordenador y la mente*.

Wiener, Norbert, *Dios y Golem S.A.*

